

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

15 DE ENERO DE 1893

Nº 26

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

(4.000 EJEMPLARES)

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

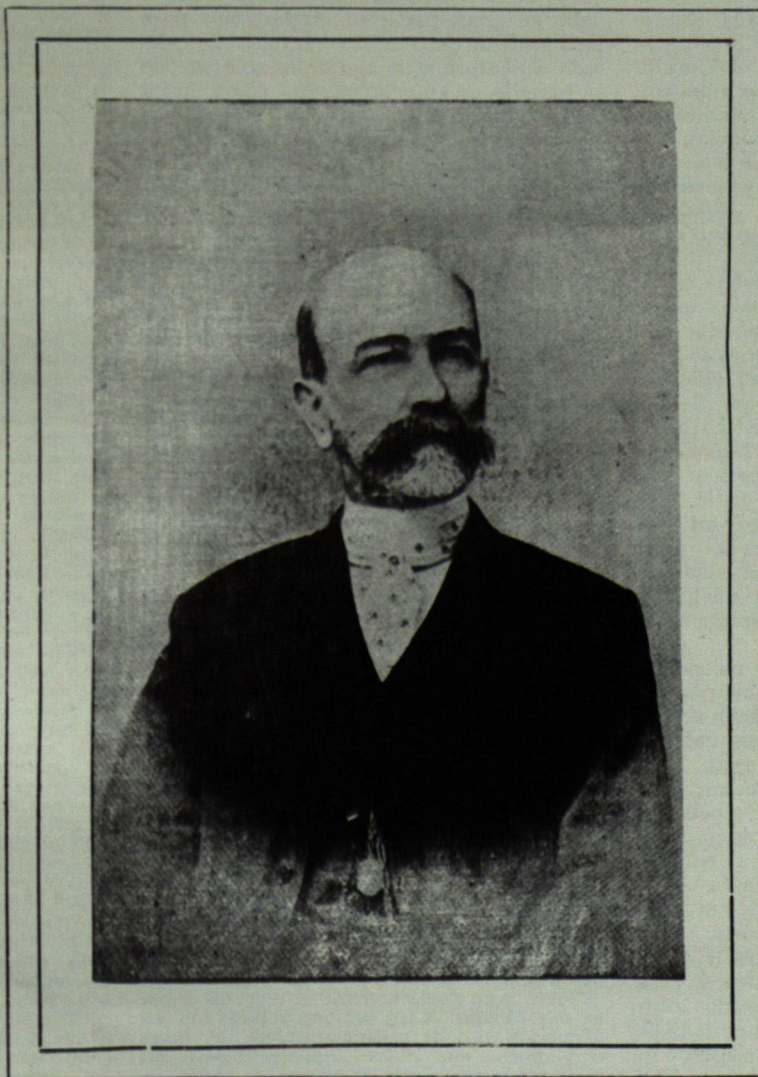
SUMARIO

TEXTO.—D. Julio Calcaño, *razgos biográficos* por J. M. M.—
Conversaciones literarias, *por el Dr. D. Eduardo Calcaño*.—
Cadenas de amor, *poesía por D. Diego Jugo Ramírez*.—Al pa-
terno campo, *poesía por D. Julio Calcaño*.—Los últimos ins-
tantes de Tiberio, *por el Dr. D. Anibal Dominici*.—Semblan-
zas de Próceres civiles, *por el Dr. E. A. Yanes*.—En alta

mar, *poesía por Alirio Díaz Guerra*.—Bohemia, *por A. Herre-
ra Toro*.—Los Por qué de Susanita, *por Emile Desbeaux*.—
Nuestros Grabados.—Revista de la Quincena, *por E. Méndez
y Mendoza*.

GRABADOS.—D. Julio Calcaño, *de fotografía*.—Estudio al lá-

piz, *de A. Herrera Toro*.—El angel de la paz de los sepul-
cros, *copia*.—Roma, San Pedro, *copia*.—Señor Luis Amato, *de
fotografía*.—Señora Carmen Valero, *de fotografía*.—Cesáreo Pa-
rez, fogonero del ferrocarril, *de fotografía*.—Puerto Cabello:
Vista á orillas de la playa.—Macuto.—Música.



DON JULIO CALCAÑO

JULIO CALCAÑO

Pocos, muy pocos venezolanos han manifestado tanto amor á las bellas letras como el eminente literato, cuyo nombre encabeza estas líneas: pudiera tal vez afirmarse que á ellas ha dedicado la existencia.

Desde muy joven exhibió Calcaño en sus producciones literarias luz de ingenio, alta inspiración y gusto exquisito.

Escritor fácil, espontáneo y elegante, á poco logró conquistar puesto distinguido entre los más aventajados prosadores.

Periodista ardoroso, pero siempre discreto, fué desde luego esforzadísimo batallador en la prensa, y como polemista siempre supo distinguirse entre los veteranos del diarismo venezolano.

Crítico de vasta ilustración, se ha manifestado generalmente justo, aunque á las veces severo en demasía. Sus profundos estudios y su atinado criterio, le han hecho reconocer por todos como autoridad en la crítica literaria.

Sus numerosos trabajos sobre lingüística y su amor á ese género de estudio, han hecho de Julio Calcaño un filólogo de nota.

Como poeta no ha brillado menos su ingenio; y en sus numerosas producciones poéticas, siempre leídas con aplauso por los que aman el buen decir, palpita la inspiración creadora, se manifiesta el saber, y se ostenta el buen gusto. En ellas ve el lector la veneración de Calcaño por los maestros, y el culto un tanto exagerado, en nuestro sentir, que rinde á los buenos modelos.

La forma que, día tras día, ha ido él depurando, es siempre elegante y correcta; de modo que, sin duda alguna, Julio Calcaño es uno de nuestros mejores poetas, y de los más eruditos y aplaudidos.

De él ha dicho Guerra y Orbe: "*Las Hojas de ciprés de Julio, es lo mejor que se ha escrito en castellano, en ese género.*"

Ese amor fanático que manifiesta Julio Calcaño por el clasicismo, y el afán por dar á su forma perfecta corrección, le han valido la honra de que Simonet haya escrito que, *no creía que en América se escribiese el castellano de manera tan magistral como lo hace don Julio Calcaño*; pero en el sentir nuestro, y en el de algunos de los amigos y colegas del poeta de que hablamos, ese culto ha atado en alguna manera las alas de su talento, y limitado los horizontes de su inspiración en cierto modo.

Calcaño es autoridad literaria reconocida no sólo en Venezuela sino también en los países extranjeros. Con él sostienen correspondencia frecuente y afectuosa notable lingüistas y renombrados filólogos, como Adam, Bamps, La Grasserie, Pector, Marcou, y los principales literatos y poetas de España y de la América Española.

Fueron sus padres don Juan Bautista Calcaño y doña Josefa A. Paniza de Ayo. Nació el 4 de diciembre de 1840, en Caracas, donde llevó á cabo sus estudios.

El amor á las letras no fué parte á ponerlo á cubierto de los vaivenes y calamidades políticas, que han pesado sobre Venezuela por largos años; y en el de 1858, con otros jóvenes de lo más distinguido de la capital, sentó plaza de soldado y salió á campaña. No lo seguiríamos seguramente paso á paso en su vida militar; pero es de justicia observar que, debido á su excelente conducta, y á su valor, poco tiempo después, se vio ascendido á Teniente, y luego, ya en el ejército, ora en el Estado Mayor, fué conquistando uno á uno sus grados

hasta alcanzar el de General de la República.

La honradez de su carácter, obligó á Calcaño á apartarse de la carrera militar en 1862; pues la censura que públicamente hizo del fusilamiento de los Generales Herrera y Paredes, dió margen á que rompiera con el poder dictatorial que entonces imperaba en Venezuela. Aunque después de 1863, ofrecieron á Calcaño buenos empleos, él prefirió permanecer en la vida privada, de donde lo arrancó la Revolución de 1868.

Al lado del heroico General Pulgar prestó sus servicios, y es fama que con ellos se distinguió, lo cual abona por sí el valor de nuestro poeta y la calidad de aquellos servicios.

En la administración pública ha desempeñado muy altos empleos de honor y de confianza, y en todas ocasiones, se le ha hecho justicia á su laboriosidad, inteligencia y honradez.

Ha redactado muchos periódicos; pero sus numerosos trabajos como redactor de *La Opinión Nacional*, llevados á término en dos largas épocas, manifiestan cuánto puede y cuánto vale Calcaño como diarista inteligente y discreto.

La Real Academia Española, sin previa consulta, lo cual es nueva honra, le nombró Correspondiente, y Secretario perpetuo de la Academia Venezolana. Esta le debe en gran parte su instalación; pues para realizar esa empresa, empleó Calcaño todo su entusiasmo, agotó los recursos de su ingenio, y empenó cuanto podía, hasta lograrlo de un modo solemne y eficaz.

Á él se debe también la ley sobre propiedad literaria: ley que él reglamentó con otros dos colegas nombrados al efecto; todo esto logrado por sus esfuerzos.

A más de *La Opinión Nacional* ha redactado ó ha sido corredactor de *El Liberal*, *La Recopilación del Zulia*, *La Tribuna*, *El Siglo XIX*, *El Monitor*, *Las Noticias*, *La Regeneración* y *El Semanario*, este último literario.

En sus trabajos literarios ha usado los seudónimos de Jacobo Centellas, Juan Tachuelas, Juan de Caracas, Fulvio, Mazzepa, Régulo, y otros más.

J. M. M.

CONVERSACIONES LITERARIAS

LEIDO Á LA ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA EN JUNTA
DE 24 DE SEPTIEMBRE DE 1891.

DEL VERSO

Existe tal anarquía de ideas y apreciaciones entre los tratadistas, respecto de los elementos del verso castellano, ya en cuanto al valor temporal de las sílabas, al efecto del acento, á la constitución del ritmo, ya por la forzada semejanza que se quiere establecer entre las cláusulas de nuestros versos y las de las lenguas latina y griega, que el que ama estos estudios se ve obligado á formarse un criterio propio, por medio del examen y la meditación, para no quedar entregado al vaivén de encontrados asertos, sin conciencia fija de las cosas ni nociones determinadas en la materia.

Voy á decir con sinceridad lo que me ocurre en mis lecturas. Cada vez que tropiezo con una afirmación, uso de palabras, empleo de frases ó modismos que chocan con mi criterio del momento,—sobre todo si vienen de parte de autoridades reconocidas (y para mí toda inteligencia es autoridad)—mi primera impresión es la de creer que es mío el desacuerdo, por lo que me pongo en pesquisa de la verdad, rebuscándola en las fuentes del saber hasta despejar la incógnita, como diría un matemático; de lo cual ha resultado, en la mayoría de los casos, ser yo en efecto el del error.

Pero cuando por excepción obtengo de mi

estudio mayor confianza y firmeza en lo que pensaba ó creía, juzgo derecho mío, con ribetes de obligación, exponer mis ideas y mis demostraciones, no para enseñanza de nadie, que á tanto no me lleva la presunción, sino para ver de encontrar en el buen recibo ó rebatimiento sólido de mi dictamen por parte de los hombres ilustrados, la confirmación ó el cambio justificado de mi criterio.

Es imponderable, pues, la pena y el miedo con que me veo forzado á separarme en este trance de las teorías de eminentes retóricos y prosodistas, á quienes desearía que continuaran teniendo razón, aún á precio de pasar yo por entremetido presuntuoso, con tal que quedara para siempre en su verdadera luz esta materia.

Y vaya lo que pienso á servir de pasto al juicio ajeno.

La forma natural del lenguaje humano es la prosa: el verso es un artificio. La piedad y el entusiasmo,—sentimientos espontáneos del hombre y congénitos con su naturaleza,—lo llevaron naturalmente á loar la Divinidad, cualquiera que fuese el modo como la concibiera, y á celebrar los grandes hechos que formaban época en su vida social, tanto como á honrar los hombres á quienes la colectividad debía grandes servicios, ó que habían ejecutado acciones sorprendentes. El canto,—tan natural en el ser humano como la palabra,—debíó de parecerle, como era justo, el elemento más apropiado á uno y otro fin, como que la música posee una elevación y grandeza tales que, con no expresar por sí sola ideas y sentimientos determinados, penetra en el alma y la conmueve de tan insólita manera, que produce emociones extraordinarias y de un género más exquisito que el de las que causa la palabra. Pero esa misma vaguedad ó indeterminación del lenguaje músico, debíó inspirarle la idea y la necesidad de ajustar á la melodía la palabra, con lo que había de expresar conceptos fijos y precisos, engranados con la belleza y excelencia de la armonía y del ritmo musicales. Y como no hay música posible sin ritmo y medida, al ajustar á ella la palabra fué preciso encerrarla en medida y someterla á ritmo. Y nació el verso.

El verso, pues, es la palabra vaciada en el molde de la música. De manera que, bajo el aspecto de la medida y del ritmo, el verso es música; por lo que no creo errar diciendo que *la poesía es la música hablada*.

Ahora bien; como hay períodos y cláusulas musicales de diversa medida y ritmo vario, lo que constituye variedad de moldes, de ello nació la variedad de metros y la diversidad de ritmos que existen en la versificación de todas las lenguas.

Ya en este punto se puede definir el verso, sin temor de errar, diciendo que es: *Palabra ó combinación de palabras sometida á ritmo y medida*. Bien entendido que *medida* en este caso se refiere al tiempo y significa *una duración determinada*.

Mucho me habría agradado colocar aquí, en lugar de la mfa, la definición que de verso nos da la Real Academia Española, á saber: "Conjunto de palabras sujetas á medida y cadencia, etc.;" pero me detuvo á pesar mío, la consideración de que no son las palabras las sujetas á medida, sino el conjunto de ellas.

La medida del verso es lo que llamamos *metro*, que no es sino: *La duración determinada que se emplea en pronunciar las cláusulas rítmicas del verso*.

El metro, ó sea el espacio de tiempo en que se comprende todo el verso, consta de fracciones iguales que sirven de unidad, y que se denominan *tiempos*, como las de los compases en la música.

Estos principios hasta aquí expuestos son comunes á los versos de todas las lenguas, antiguas y modernas, como que los de todas ellas tienen el mismo origen y son producto del mismo molde.

En efecto; la versificación griega y latina tiene, como la de las lenguas modernas, *medida* determinada, ó sea metro, y variedad de metros; ritmo, y variedad de ritmos; y la unidad de composición del metro es también en ella la fracción que se llama *tiempo*.

No están, pues, en lo cierto, á mi ver, los que diferencian el verso griego del verso neolatino, llamando al primero *verso métrico* y al segundo *verso silábico*. ¿Qué quieren expresar con esa división? que el verso neolatino no es métrico? ¿y se concibe verso que no lo sea? Si no tiene medida ¿será verso? Y si para ser verso un conjunto de palabras cualquiera necesita, fuera del ritmo, tener medida determinada, es decir, ser métrico ¿en qué modo no es métrico el verso moderno?

Como todo verso es métrico, no puede servir esa cualidad para término de diferencia entre unos y otros.

Bien se me alcanza que llaman *silábico* el verso moderno, porque estiman que las sílabas son los elementos de su composición; pero en tal caso deberían llamar al griego *pedífero* ó *podométrico*, ya que juzgan que los elementos de su composición son los pies. Sólo así sería lógica y filosóficamente aceptable la división.

Pero ni lo uno ni lo otro es verdad.

El elemento común de la composición métrica de todos los versos, antiguos y modernos, es la fracción del metro que se llama *tiempo*, unidad reconocida tanto en la versificación griega y en la latina, como en la de las lenguas modernas. Ni podía ser de otro modo, porque, engendrando el verso por la música, sobre la división del metro musical en tiempos fue sobre la que se calcó la del metro poético. Así es que todo verso es por naturaleza cantable, puesto que está dividido en *tiempos* que coinciden con los *tiempos* de la música. Para no ser cantable sería preciso que no estuviera dividido en tiempos, y entonces no sería verso. Más adelante quedará esto plenamente demostrado.

Cierto es que el verso griego ó latino consta de pies, como consta el nuestro de cláusulas rítmicas; pero tanto aquellos pies como estas cláusulas están formados de tiempos métricos; por lo que no juzgo acertado prescindir de la unidad inmutable del origen, que es común á toda versificación y que sirve para calificar y medir con exactitud y claridad el verso, para sustituirla con elementos variables, de desigual duración y que carecen, en consecuencia, de las condiciones que ha de tener toda unidad.

En mi sentir, el metro griego es el *pie*, y la diversidad de pies representa la variedad de *metros*, como es vario el metro musical, y vario también el metro de nuestra versificación moderna. Y como el metro comprende todo el verso, de manera que, bajo el aspecto de la medida, *metro* y *verso* vienen á significar la misma cosa, como con mucho acierto lo afirma la Real Academia Española,—está bien dicho que el verso griego es el *pie*. ¿De dónde inferir tal principio? Los griegos mismos nos lo dicen. ¿A qué llaman *pentámetro*? A la colección de cinco pies. ¿Y qué significa *pentámetro*? Cinco metros; es decir, cinco versos. Que de esos cinco versos, ó de tres ó de seis formen un verso mayor, (al cual le dan el nombre de la especie de pies ó metros que predomina en su composición, llamándolo *anapestico*, *dactílico*, *trocaico*, etc., según predomine el ritmo del *anapesto*, del *dáctilo* ó del *troqueo*), nada tiene de extraño, por cuanto lo mismo hacemos nosotros en nuestra versificación. ¿Qué es una de las formas de nuestro *decasílabo*, sino la reunión de dos *pentasílabos*?

Cuando en la noche | la blanca luna
Pinta la orilla | de la laguna,
Allá en la copa | de algún cuji;
Aura de aromas | pasa gimiendo,
Y el nuevo día | tal vez, creyendo
Canta de amores | el chirulí. (F. Tejera).

Y en otra forma es á veces la reunión de un tetrasílabo y un hexasílabo:

Desde el día | que ví tu belleza
Y tus ojos | en éxtasis ví. . . (Julio Calcaño).

Y otras, de un tetrasílabo y dos trisílabos:

Lega un siglo | por fastos | las tumbas
Y en el yermo | su rota | leyenda,
Sin que el mote | sangriento | comprenda. (Toro).
Pero elevo | los ojos | al cielo
Invocando | la excelsa | mansión. (Fombona Palacio).

Y nuestro *alejandrino* no es sino la reunión de dos heptasílabos:

¡Cuán bellas son tus aguas | azules y dormidas
Tus islas solitarias | tu calma perennal
Y tus nevadas garzas | que moran escondidas
En pintorescas grutas | sembradas de coral. (Lozano).

Y algunos de nuestros *octosílabos* ¿no están evidentemente formados de dos tetrasílabos?

Hace un año | que la hermosa
Que suspira | sin consuelo
Angustiada | temblorosa,
A su amante | vió partir. (Lozano).
Coronada | de luz bella
De los cielos | descendiste
Y la noche | vió la huella
Del celeste | resplandor. (Bello).

¿Qué diferencia hay entre estos versos y los siguientes tetrasílabos de Bermúdez de Castro?

Era noche
La sultana
Su persiana
Levantó,
Y el planeta
De consuelo
Sobre el cielo
Contempló.

Sólo la de la colocación de la rima; pero la rima no tiene relación alguna con el *metro*, y del metro es de lo que se trata.

Y otros se construyen con un pentasílabo y un trisílabo:

Dí, Carolina | ¿qué tienes?
¿Quién te ha robado | la dicha?

¿Por qué tan triste | suspiras? (M. M. Fernández).
La das al cirio, | y es llama;
La das al carro, | y es rueda;
La das al globo, | y es éter. (J. A. Calcaño).

El dodecasílabo está ordinariamente formado de dos hexasílabos:

En lecho mullido | de cándidas rosas
Pasaba mis días | en dulce embriaguez;
Aun no amenazaban | entonces furiosas
Las negras pasiones | mi quieta niñez. (Maitín).

Rarísimos son los que constan de un eptasílabo y un pentasílabo, pero los hay. Recuerdo unos de Ricardo Sepúlveda que dicen así:

Aunque el cielo se cubra | de negras nubes,
E-a estrella á mi cita | puntual acude.

Y tan cierto es que cada hemistiquio es un verso aparte, que en el siguiente del mismo autor el esdrújulo *húmedos* del primer hemistiquio está por sólo dos *tiempos*, ó sea dos sílabas, como en final de verso:

De las otras estrellas | la luz tranquila
Ante mis ojos húmedos | apenas brilla.

Apuntaré también los siguientes de Juan de Dios Peza, por ser de la misma estructura:

¡Oh caridad sublime! | ¡Sol que derramas
De amor y de consuelo | rayos ardientes!
Mira cómo á tu influjo | son nuestras damas
Los ángeles de guarda | de los ausentes.

Y nuestro endecasílabo lo formamos á veces de un pentasílabo y un hexasílabo:

Presta á mi numen | soberano aliento. (Pardo).

ó de un heptasílabo y un tetrasílabo:

Desconocidos vientos | mueven guerra. [Baralt].

ó al revés, de un tetrasílabo y un heptasílabo:

Del estrago | y apenas tu auge cuenta. [J. A. Calcaño].

Era noche : | cual astro que fulgura. [Jugo Ramírez].

ó de un trisílabo y un octosílabo:

Se agrupan | á mi pecho agonizante

Memorias | de tristezas y alegrías. [Heraclio Guardia].

ó de un trisílabo y dos tetrasílabos:

Que á oírle | se tuvieron | las naciones. [J. A. Calcaño]

ó de un disílabo, un pentasílabo y un tetrasílabo:

Vuelve, | que ya agonizo, | dulce amiga.

Esto es lo que hacían los griegos y los latinos: formar versos mayores con versos menores. Así es que combinaban de diversos modos los dáctilos y los espondeos hasta el número de seis, y llamaban el conjunto *verso heroico* ó *hexámetro* (de seis metros, es decir, de seis versos); pero la medida general de este verso mayor tenía siempre el mismo número de tiempos, porque tantos vale el dáctilo cuantos el espondeo: cuatro tiempos cada uno.

El *pentámetro*, verso que destinaban á la elegía, era también formado de dáctilos y espondeos (que tiene igual valor); lo dividían en dos hemistiquios iguales, así: dos dáctilos ó dos espondeos, ó un dáctilo y un espondeo, y además una sílaba larga: primer hemistiquio que constaba de diez tiempos justos. El segundo hemistiquio debía formarse precisamente con dos dáctilos y su correspondiente sílaba larga; lo cual sumaba también diez tiempos.

El *yámbico*, usado primeramente para sólo la sátira, y después exclusivamente en la poesía dramática, tenía también una medida constante como el *hexámetro* y el *pentámetro*, y lo combinaban de varios modos: ó todos yámbos, ó yámbos sólo los pies pares, pudiendo ser los otros dáctilos, tribraquios etc.

El *adónico* constaba siempre de un dáctilo y un espondeo. (cinco sílabas,—ocho tiempos.)

El *sáfico*, de un troqueo, un espondeo, un dáctilo y dos troqueos. (once sílabas,—17 tiempos.)

El *asclepiadeo*, de un espondeo, dos coriambos, y un pirriquo. (doce sílabas,—18 tiempos.)

El *faleuco*, de un espondeo, un dáctilo y tres troqueos. (once sílabas,—17 tiempos.)

El *fereracio*, de un espondeo, un dáctilo y otro espondeo. (siete sílabas,—12 tiempos.)

El *gliconio*, de un espondeo y dos dáctilos, (ocho sílabas,—12 tiempos.)

Sabido es que la sílaba larga valía dos tiempos, y la breve, uno. Para hacer objetiva la teoría del valor de los metros griegos y latinos, voy á usar de la escritura musical, que corresponde á ello perfectamente, pues también es sabido que *la mínima* vale dos tiempos, y *la semínima*, uno.

(Véase el texto músico número 1.)

Lo que se ignora es el efecto que producía en el ritmo el acento (1) de las palabras; por lo que es seguro que la cadencia que nos revelan esos valores silábicos no es exactamente la que tenían aquellos versos.

Dije que no era verdad que las sílabas fuesen los elementos métricos de nuestro verso, porque en él, como en todo verso, el verdadero elemento métrico, ó sea la unidad métrica, es el *tiempo*, parte alicuota de la duración. Lo que acontece en la versificación castellana es que, por accidente, corresponde el valor temporal de todas nuestras sílabas al valor de un *tiempo*; lo que ha hecho casi indiferente decir *sílaba* ó *tiempo*. Pero la razón filosófica no acepta que se tome el accidente por la esencia, ni se dé por causa permanente lo casual. Si tuviésemos sílabas de valor desigual, ya nuestro verso no podría tener siempre el mismo número de sílabas; pero tendría siempre el mismo número de tiempos; y si en ese caso siguiéramos con la misma cuenta de las sílabas, el renglón tendría el mismo número de sílabas, pero no el mismo número de tiempos; es decir, saldría fuera de los límites del metro, ó en otros términos: no sería verso. Luego el elemento verdadero de la construcción métrica de nuestro verso es el *tiempo* y no la sílaba; de donde se deduce también que el verso castellano es legítimamente *métrico*, como todo verso posible, y solamente *silábico* por accidental genialidad de la lengua.

Si he dicho que cada sílaba nuestra vale un *tiempo*, no es porque desconozca ó quiera negar que unas son más llenas y otras más débiles, es decir, que, por los elementos de su formación, consumen unas más tiempo que otras en su pronunciación; pero es tan mínimo el exceso en las unas y el menoscabo en las otras, que, sobre no ser matemática ni acústicamente apreciable el tanto de la diferencia,—por lo que afirma nuestro sabio Bello con muy buen acuerdo que unas y otras están más cerca de la razón de igualdad que de la de 1 á 2,—acontece que, al pronunciarse sucesivamente, van compensándose sus valores en el curso del verso, hasta dejar al fin intacta en su integridad la duración del metro. Así es que, no teniendo influencia alguna en el metro esa mínima diferencia de valor temporal de nuestras sílabas, se nos antoja ociosa y sin motivo ni utilidad la división de ellas en *largas* y *breves*. No diría lo mismo si se las llamase *llenas* y *débiles*, porque bajo ese aspecto sí tienen influencia en el número y armonía del verso.

Lo mismo acontecía en las lenguas griega y latina, que, además de las sílabas largas y breves (de dos y un *tiempo* respectivamente) tenían sílabas más largas que las largas, y más breves que las breves. *Et longis longiores, et brevibus breviores sunt syllabae* dice Quintiliano citado por Olivet; pero de esos excesos y menoscabos tampoco tomaban ellos cuenta en la formación del metro, por ser mínimos y compensables, no estimando sus sílabas sino sólo como largas y breves, de valor siempre respectivamente igual. Lo confirma el mismo Quintiliano cuando dice: *Longam esse duorum temporum, brevem unius, etiam pueri sciunt*.

Como tratándose del verso no se puede prescindir de su analogía con la música, de donde nació, diré que esa compensación de las sílabas es lo que se llama en el lenguaje de los sonidos *temperamento*. Y lo explicaré para los que no tengan nociones de este arte. De *do* á *re* por ejemplo, hay un *tono* de distancia; y todo *tono* se divide en dos *semitonos*; así es que, subiendo de *do* á *re*, nos tropezamos en el camino con *do sostenido*, primer *semitono*, y de *do sostenido* seguimos á *re*, segundo *semitono*. Bajando de *re* á *do*, el *semitono* que era *do sostenido* al subir, es ahora *re bemol*. Pero el *semitono* de *do* á *do sostenido* no es igual al de *do sostenido* á *re*, porque la distancia general del *tono* está dividida en nueve *comas*, cinco que hay de *do* á *do sostenido*, y cuatro de *do sostenido* á *re*. Y ba-

(1) Cada vez que diga acento en esta conversación me referiré exclusivamente al acento prosódico.

jando de *re á do*, hay cinco *comas* de *re á re bemol*, y cuatro de *re bemol á do*. La razón de esto es que el *do sostenido* es un sonido proclítico que está tendiendo al *re* y pidiendo caer en él; y lo mismo sucede con el *re bemol*, que va en marcha hacia el *do*. Lo cierto es que en el punto intermedio del *tono* nos encontramos con el *do sostenido* y el *re bemol*, que tienen entre sí una *coma* de diferencia. Cuando se ejecuta en los instrumentos de libre diapasón, como el violín, la viola, el violoncello, etc., no ofrece esa diferencia de dificultad alguna, porque el dedo se posa donde conviene para que el *re bemol* suene como *re bemol* exacto, y el *do sostenido* como tal *do sostenido* justo. Pero en el piano, por ejemplo, que no dispone sino de una sola y misma cuerda, herida por una sola tecla, para producir ambos sonidos ¿cómo ha de templarse aquella? ¿en *do sostenido* ó en *re bemol*? En ninguno de los dos, porque daría un resultado inaceptable para el oído en el curso de la ejecución. Templase entonces esa cuerda en un término medio que no es ni el uno ni el otro sonido, lo cual se logra acordando el instrumento por quintas, y no por octavas: descubrimiento que honra la sagacidad humana y es de gran utilidad al arte. Esa operación de compensación de los sonidos es lo que se llama en el arte *temperamento*. Y no es otra la que tiene efecto en la lectura de un verso respecto de las sílabas; con la sola diferencia de que el *temperamento* en la música recae en el sonido, y acá, en el valor temporal. Otra similitud, más propia por más directa, puesto que versa sobre la duración, nos suministra la música; y es la de las *apoyaturas* y *grupos* que se intercalan en un compás, no obstante estar completos sus *tiempos* con las notas principales; y que se ejecutan junto con éstas sin que la duración del compás se haga mayor, porque el tiempo que consumen se lo roban ó al *tiempo* que precede ó al siguiente.

Hemos visto hasta aquí las semejanzas que existen entre los versos griegos y latinos, y los versos neo-latinos; toca ahora hablar de una diferencia esencialísima relativa al ritmo, el cual es: la *cadencia que resulta de la proporción guardada entre las voces ó cláusulas del verso*. La diferencia consiste en el elemento generador del ritmo.

El ritmo del verso antiguo dependía principalmente del valor vario de las sílabas, y las pausas; y digo principalmente porque el *acento* de las voces tenía en ello alguna influencia.

El ritmo del verso moderno depende exclusivamente del *acento* y las pausas.

Es cosa ya averiguada y con abundancia comprobada por el erudito Coll y Vehí en sus *Diálogos Literarios*, que el acento de las voces en nuestra lengua no altera el valor de la sílaba en que recae, ni eleva siquiera el tono, sino produce el solo efecto de hacer más fuerte la pronunciación de la sílaba que lo lleva. Ahora bien; como todas nuestras sílabas son iguales en valor, no ha quedado otro elemento posible para crear un ritmo cualquiera que la mayor ó menor intensidad que se dé á los sonidos; así es que el antiguo es *ritmo de duración*, y el moderno, *ritmo de intensidad*.

Establecida esta verdad, se palpa la imposibilidad de reproducir en modo alguno los versos griegos y latinos en nuestra lengua, por cuanto carecemos de los elementos necesarios para ello. ¿Dónde los hallaríamos? Ni sus denominaciones podemos adoptar con su significado propio, porque no tenemos á qué aplicarlas con razón. *Lágrima* no puede ser un dactilo, porque el dactilo tenía cuatro tiempos, y *lágrima* sólo tiene tres; ni puede suplirse con *caótico*, por ejemplo, tomando á *cao* por los dos tiempos de la primera sílaba del dactilo, porque la sílaba griega que valía dos tiempos era de un sonido igual prolongado, sin modulación alguna, como que era una sola sílaba, y *cao* son dos sonidos. Para llenar ambas condiciones apenas podríamos valernos de *zofito*, *zahareño*, *piisimo*, *behelría*; pero ¿cómo hallar en el castellano, con esas condiciones, el número de voces necesario para formar versos con sentido racional, y además, sentido poético? *Campo* tampoco es un troqueo; el troqueo valía tres tiempos: dos la primera sílaba y una la segunda; sólo podría imitarlo *cohorte*, *Aaron*, por ejemplo. Ni *pastor* es un yambo, porque ¿dónde están los tres tiempos: uno de la primera sílaba y dos de la segunda? Mejor podría serlo *azahar*, *relee*, *provee*, *Feijoo*. Ni Olimpo es anfibraco, que si tenía éste tres sílabas, contaba cuatro tiempos, por ser larga la del medio y valer desde luego dos tiempos; por ejemplo: el anticuado *adahlala*. Ni *pedestal* posee los cuatro tiempos del anapesto, que se compone de tres sílabas: dos breves y la última larga; apenas podría llamarse así á *Antino*.

Pero es escásísimo, de toda escasez, el número de voces con que pudiéramos representar algunos de los pies griegos, por lo que obraríamos con cordura desistiendo del irrealizable propósito de imitar la versificación de los griegos y latinos, no vaya á decirse que empeñamos la voluntad y el esfuerzo en tareas temerarias.

La falta de acierto en quienes han pretendido lo contrario reconoce por causa la equivocada creencia, que de muy atrás venía establecida, de que el acento castellano alargaba la sílaba cargada con él. Reconocido por fin el hecho de que el acento no surte otro efecto que el de hacer más intensa en ese punto la pronunciación, no hay cabida ni excusa para aquella errónea teoría.

Antes de terminar esta conversación, que va haciéndose demasiado larga y enojosa, tengo que cumplir la palabra que arriba dejé empeñada cuando dije que todo verso era cantable. Y lo dije porque como el verso es engendrado por la música, y está, por consiguiente, calcado sobre la estructura del ritmo musical, puede hacerse coincidir perfectamente el movimiento del uno con el de la otra, so pena de no ser verso aquél, ó no ser música ésta. Se objeta que los versos suelen tener ritmos diversos;—pero la música también los tiene; y porque los tiene la música es por lo que los tienen los versos. Lo que no puede lograrse á veces es acomodar un verso dado á una melodía preexistente, porque los ritmos respectivos no se corresponden; pero ni eso significa que tal verso no sea cantable con otra melodía adecuada, ni es lo usual, por poco cuerdo, que se construya la música antes que el verso; ni es siquiera racional que el verso y la música se compongan separados y *ad libitum* para pretender luego unirlos en consorcio imposible por desigual. Bajo el solo aspecto del ritmo, que es del que estoy tratando, basta, para que sea acertado el canto de cualquier verso, que los acentos de las palabras que lo componen coincidan con los tiempos fuertes de la melodía musical; y si no todos, por lo menos los *necesarios* del metro y los *necesarios* de las cláusulas rítmicas. En comprobación de todo lo dicho en este párrafo, véase en seguida sometidos á canto irremprochable, varios versos de diverso ritmo, entre los cuales se hallan los que un sabio filólogo señala como incantables.

(Véase el número 2.)

Otras faces presenta el estudio del verso, que propuse por tema de esta conversación; pero el largo tiempo empleado en lo que va dicho, me obliga á aplazar su consideración para otro día.

EDUARDO CALCAÑO.

Setiembre de 1891.

CADENAS DE AMOR

EN EL ALBUM DEL POETA ALIRIO DÍAZ GUERRA

Trovador triste y errante
Viniste á mi patria un día,
Y en negra melancolía
Bañado ví tu semblante;

Que del nativo solar
Arrojáronte vencido;
Y eras un ave sin nido,
Un proscrito sin hogar.

Mas, del Guairé á la ribera,
Encontraste, por ventura,
Angelical criatura,
Tierna y dulce compañera;

Y humildemente rendido
Del amor ante el altar,
El proscrito tuvo hogar,
Tuvo el ave nuevo nido.

Vencido, ya vencedor,
Trocaste en dichas tus penas;
Y bendices las cadenas
Que á tu cuello ató el amor.

D. JUGO RAMÍREZ.

15 de enero de 1892.

AL PATERNO CAMPO

A MI QUERRIDO PRIMO Y AMIGO

D. SIMÓN DE HERRERA IMBRECHTS

¡Oh no olvidado monte, y valle, y río,
De mi ventura albergue!

¡Oh campesino hogar, humilde estancia
Donde gocé feliz á mi albedrío
De las serenas horas de la infancia!

¡Cuánto diera por veros un instante,
Y por las agrias quiebras

Del peñascoso río alborotado
A la cumbre trepar, donde sonante
En ondas brota el manantial plateado.

Aun me parece ver de la montaña,
Bregando con el viento,
Rauda volar á las vecinas lomas
De pájaros é insectos nube extraña,
O medrosa bandada de palomas.

Rugido de jaguar que infunde espanto
Asorda la comarca;

Y en espesos ramajes guarecido,
Remeda el campanero con su canto
Del duro bronce el funeral tañido.

Al pie del jobo, en las rastreras gramas,
La cascabel su furia

Del hueco anillo al resonar revela,
O la ardilla saltando entre las ramas
Aun de su misma sombra se recela.

Oigo el murmullo con que el viento llena
La selva y el plantío,

O el ruido misterioso de los mares,
Que orlan de espuma la dorada arena
Ó estréllanse entre rocas seculares.

Ya miro la mazorca ó roja ó gualda
Ornar el verde monte

De vívidos corales y topacios,
Ya el algodón, del broche de esmeralda
Caer y revolver por los espacios;

Ya de arábigo arbusto generoso
El botón purpúreo;

Ya que ostenta, blasón de la campifia,
Su coronado escudo primoroso,
De escamas de oro, la pomposa pifia.

Tiende el ala de pronto el pajarillo,
De pavor asaltado,

O el melitoso trino al punto acalla,
Si en la arena, del fruto del jabillo
La seca esfera con el golpe estalla.

Dando al viento cantares amorosos,
Bajar miro la cuesta

Al rústico pastor del valle umbrío,
Que al través de los árboles añosos
Al cercado redil lleva el cabrío.

Si hace bañar en llanto la mejilla
La pastoril tonada,

Aui, congoja mayor al pecho deja
Con su tético són la campanilla
Que pende al cuello de la mansa oveja.

¡Cuál, resquebrando al paso los guijarros,
Bajo las férreas ruedas,

Vienen en pos de las pastadas greyes,
Los ponderosos, rechinantes carros
Que arrastran tardos los cansados bueyes!

Del rojo sol á la postrer vislumbre,
La gente pescadora

Su esquife asienta en la arenosa playa,
Mostrando á la anhelante muchedumbre
Colmada aún de peces la atarraya.

Y al tañer la campana de la ermita
El toque de oraciones,

Como paloma que levanta el vuelo,
De arrodillada multitud contrita,
Fervorosa plegaria sube al cielo.

¡Bendita religión la que así viene
Al corazón del hombre,

Y alas le presta de nevado arniso!

¡Bendito valle, donde todo tiene,
Hasta la piedra humilde, mi cariño!

¡Qué á mí del mundo efímeros honores
Y alcázares soberbios?

¡Qué á mí la vanidad de su grandeza,
Si tengo tus murmullos, tus fulgores,
Tu pompa y tu color, naturaleza?

Oh campos venturosos! Oh sencillas
Costumbres patriarcales!

Madre naturaleza: en tí contemplo,
Y adoración le rindo de rodillas,

A la suma deidad de que eres templo!

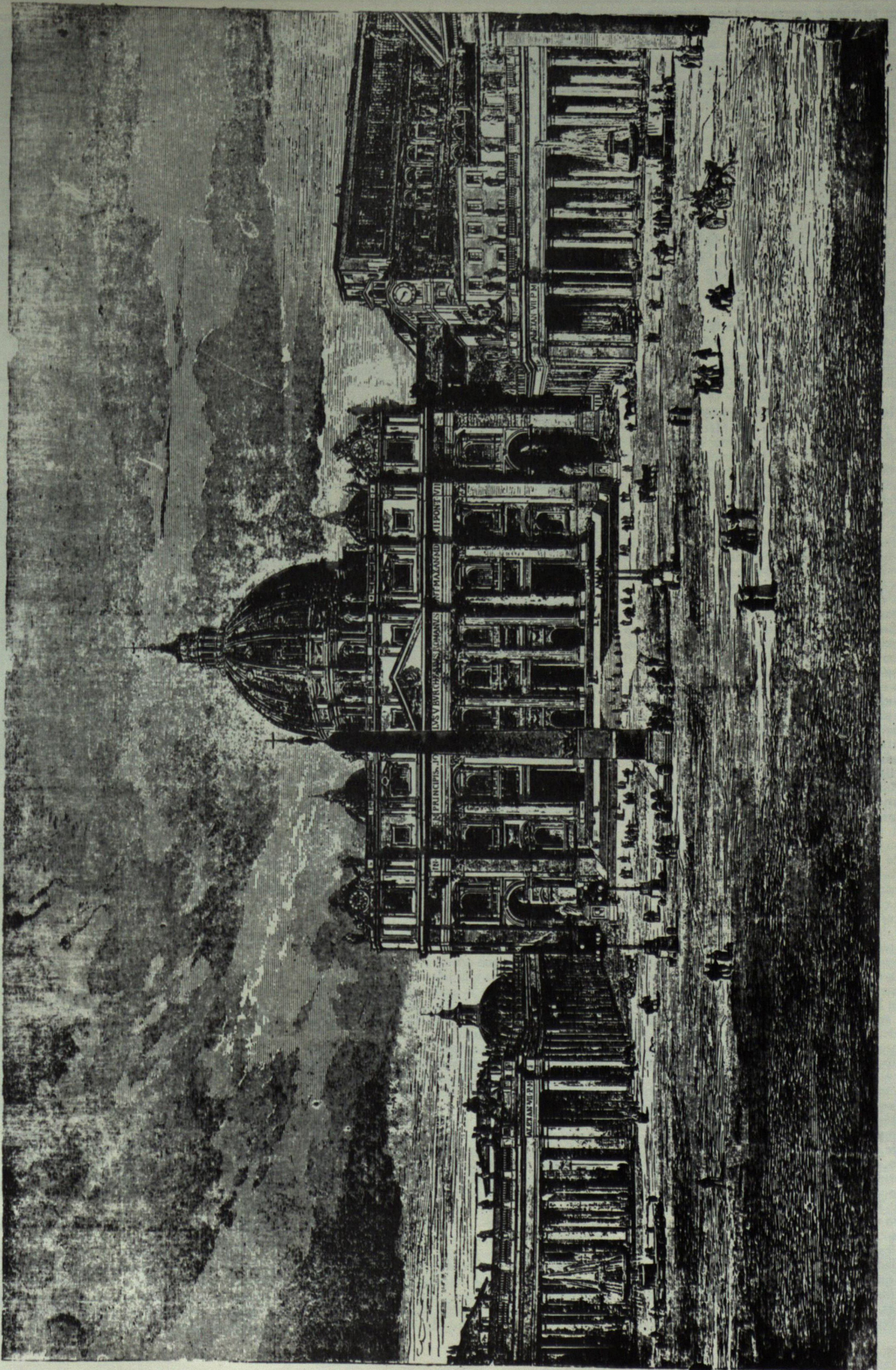
JULIO CALCAÑO.



ESTUDIO AL LÁPIZ, POR HERRERA TORO



EL ANGEL DE LA PAZ DE LOS SEPULCROS



SAN PEDRO — ROMA

LOS ÚLTIMOS INSTANTES DE TIBERIO

(ASPECTO PARA UN CUADRO)

Estamos en la espléndida casa de campo que Lúculo poseía en el cabo Miseno, y entramos a la sala de Apolo, donde el famoso sibarita romano daba algunas veces sus magníficos festines.

El Emperador está allí, recostado en un lecho de púrpura, junto a la mesa cubierta de riquísima vajilla de oro, y en la cual se han reunido con maravillosa prontitud los espirituosos vinos de Italia y de Grecia, las exquisitas frutas del Mediterráneo, los más delicados manjares del mundo.

La suntuosa cámara brilla con millares de antorchas, que reflejan sus vivísimas claridades en los dorados artesones, en las colgaduras de Persia, las alfombras de Tiro, las estatuas de mármol, los primorosos vasos de pórfido, las ánforas colosales que esculpieron artífices del Oriente.

Luces que fingen el día, flores que deleitan los ojos, perfumes que embriagan, todo anima allí la vida ardorosa de los sentidos.

El flautista favorito acaba de tocar una sonata melodiosa, al compás de la cual la tentadora egipcia, llamada para distraer al Emperador, bailó la más incitante de sus lascivas danzas.

De pie cerca de Tiberio está Macrón, el Prefecto del Pretorio, el más abyecto de los servidores, el más infame de los cortesanos, el más cruel de los verdugos: acá, los tribunos militares, que acompañan y custodian al Emperador fuera de Roma; allá, un grupo de palaciegos y esclavos, ruines siervos todos de los caprichos de César.

Reina un silencio profundo. Cuando Tiberio calla nadie se atreve a respirar siquiera, por temor de atraer sobre sí la terrible cólera del tirano, siempre implacable y feroz.

Ha saboreado displicente algunas uvas de aquellos opulentos racimos de Nápoles, que cuelgan al alcance de su mano; ha bebido reiteradas veces vinos de distintas clases, inmóvil, taciturno y como preocupado por hondas inquietudes ó por espantosos pensamientos.

Las miradas del Emperador se han fijado al fin en el fondo de la cámara, formado por elegante pórtico, que deja ver el mar oscuro, pero bonancible, y el cielo estrellado de una noche de marzo, tibia y risueña con la proximidad de la primavera.

La deliciosa morada de Lúculo, antes santuario del amor y la alegría, que glorificaron con dulces versos los poetas romanos, parece envuelta en un manto de plomo, desde que está allí Tiberio.

A su lado se siente el frío de la muerte. Los ojos de todos los que lo rodean examinan con ansiedad la fisonomía de César, y sin duda cambian entre sí algunos de los principales circunstancias rápidos y misteriosos gestos.

Seguramente, el emperador está enfermo, enfermo de gravedad, enfermo de muerte!

La piel color de cera, las mejillas hundidas, los pómulos salientes, las pupilas casi apagadas, los labios secos y descoloridos, como arrugados pedazos de papiro, y el aspecto de yerta expresión en los perfiles del rostro!...

De aquella cabeza gallarda en otro tiempo, que adornaba abundante y sedosa cabellera negra, larga hasta los hercúleos hombros, encanto y admiración de los artistas griegos, sólo se mira ahora el ceniciento cráneo, del cual cuelgan algunos rizos blanqueados por la edad. De aquel hermoso cuerpo de formas escultóricas, semejante a Júpiter Capitolino, no queda más que el repugnante esqueleto, vestido apenas con la clámide y la túnica romanas.

Pero, qué es lo que llama su atención? ¿Son las claridades del cielo ó las tinieblas del abismo, las que atraen su amortecida vista?

Ah! Tiberio conoce que está enfermo, siente cercano el momento de su muerte, y lo oculta receloso. Desde que subió al trono ha alejado todos los médicos de la corte; esconde sus enfermedades, se cura en secreto. Hace seis meses ahora que viaja sin descanso por Italia, como si pretendiese de esa manera impedir el término de sus días.

Ha llegado hasta el cabo Miseno con el pro-

pósito de embarcarse para Caprara, se ha detenido por breves horas en la casa de Lúculo, pero no pasará de allí.

Aquella es la última noche del monstruo, y su pensamiento vaga, sin duda, amedrentado entre esas claridades y esas tinieblas que se presentan á su razón vacilante, cuando toca con insegura planta el misterioso linderó de la existencia. ¿Cree por ventura ese hombre en la eternidad? ¿Cree acaso en la vida futura del espíritu, al sentir que se acaba la del cuerpo, desfilado ya? ¿Cree al fin en la justicia inmutable de los dioses?

¡Cuántas cosas aparecen y se levantan sucesivamente en la excitada memoria de Tiberio! ¡Cuántos espectros desfilan ante sus ojos, como seres llenos vida y movimiento, entre aquellas densas y lejanas sombras! ¡Cuántos recuerdos pavorosos!...

*

Y se descorre día por día en su cerebro la historia de su vida en cuadros fantásticos, instantáneos; y se vé, primero, joven, bello, vigoroso, dotado de noble inteligencia y de varonil denuedo, en los momentos en que vestido con la toga de los oradores, y disputando fervoroso el triunfo de la justicia á los maestros de la elocuencia, defiende ante Augusto y ante el Senado la vida del rey Arquelao y la de los habitantes de Laodicea, ó cuando acusa como traidores á Cepión y Murena; y el éxito corona el insigne esfuerzo, y recibe en premio el aplauso popular á que aspira ambicioso de gloria, de prestigio y poder.

Se mira después al frente de las legiones romanas combatiendo victoriosos á los cántabros; se mira cómo marcha luego con un ejército al Oriente, cómo restaura al destronado rey de Armenia, y le ciñe la corona en presencia de las cohortes vencedoras; derrota á los partos; somete los pueblos rebeldes de los Alpes; sojuzga la Germania, y de sus montañosas selvas trasplanta cuarenta mil hombres, para poblar las comarcas de las Galias que lindan con el Rhin, las cuales gobierna más de un año como delegado del Emperador.

El pueblo romano le decreta los honores de la ovación; es el primero que entra á la metrópoli del universo, sentado en un carro de guerra, teniendo á los pies los trofeos del triunfo; el Senado le designa puesto distinguido en su recinto, los ciudadanos le aclaman para las magistraturas más elevadas, antes de alcanzar la edad que las leyes requieren.

¡Qué hermosos días aquellos, y cuánta gloria irradian sobre el afortunado adolescente, que así emula á los antiguos varones de la Patria, cuando otros mancebos también de esclarecida estirpe viven entregados á la ociosidad, la disipación y los placeres!

Representase en seguida á la vista de Tiberio, entre las quimeras que le forja la imaginación delirante, Julia, la infel Julia, la hija de Augusto, la compañera que éste le impuso, rompiendo con mano despótica el sagrado y amoroso lazo que con otra mujer unía á Tiberio; Julia, tan bella como impúdica, que arrastró por los lupanares de Roma el nombre y la púrpura de los Césares, antes que apareciese la mujer de Claudio; Julia, cuya visión fascinadora reanima sin duda en Tiberio el horroroso fuego de los celos y el odio candente de la venganza!

Poco después se contempla en Rodas, voluntario fugitivo de las glorias militares y civiles de la Patria, desterrado caprichoso de la familia, proscripto de sí mismo, que arroja á un lado el manto consular, tira las soberanas insignias tribunicias, se desciñe la espada, descalza el coturno, abandona en suma misteriosamente las altas magistraturas históricas de la República, para ir á sepultarse, taciturno, sombrío, cauteloso, como hurafío salvaje, en el silencio y la soledad de aquella isla des poblada é inculta.

Ocho años pasa allí, huyendo de todo comercio con los hombres. Nadie sabe la razón del extraordinario designio, pero él la sabe.

Augusto se enoja, porque no viene á su llamada ni obedece sus reiteradas órdenes: los ambiciosos lo olvidan, los intrigantes lo mofan, los cortesanos lo desprecian. No importa! Se ha escondido en aquel desierto, para dar lugar á los acontecimientos que han de sobrevenir en la

marcha política del Imperio, para dar tiempo á que el Emperador envejezca, para evitar que nazcan en ese corazón egoísta y soberbio celos contra la simpática juventud, la brillante figura y la reciente gloria de Tiberio.

Quiere también guarecerse allí contra la envidia de los hijos de Augusto y las rivalidades de la familia imperial; quiere darle ocasión á Livia para que use todos sus artificios y maneje todos sus recursos en el ánimo de Augusto; para que haga desaparecer todos los obstáculos que le alejan del solio soberano, y le allane el camino del trono, á él, que ha nacido de las entrañas de Livia, á él que no es más que entonado del jefe del Imperio.

Esos ocho años no los ha perdido Tiberio. Meditando solitario de día y de noche en la arenosa playa, de la cual huye presuroso cuando se acerca alguno, romano ó extranjero, allí se ha preparado para la absoluta dominación del mundo.

El, que en su juventud pareció espléndido, liberal, valiente, generoso, se torna durante ese tiempo en mezuquino, cobarde, cruel. El, que fingió ser justo, se revela á sus propios ojos inicuo é impío. Aprende á disimular sus pasiones, á contener sus deseos, á refrenar sus apetitos brutales, no con el fin de mejorar su corazón, ni de perfeccionar su espíritu, sino porque sabe que de ese modo asegura la realización de todos sus propósitos y la satisfacción de todos sus instintos.

Desde aquel lecho en que se siente postrado y lleno de angustias, por el temor de la muerte que lo asedia ya, comprende claramente cuánto aprendió en la desierta Rodas. Aprendió á odiar! á odiar la familia, el pueblo, la humanidad, el mundo entero!...

Regresa al cabo á Roma, que lo cree oprimido injustamente por el baldón del adulterio, y lo recibe bien, y lo agasaja, y lo festeja, y vuelve á honrarlo con los primeros cargos.

Siega nuevos y más gloriosos laureles á la cabeza de las huestes imperiales, que llegan triunfantes hasta las orillas del Danubio; y, cuando Varo pierde en la lucha con los germanos aquellas invencibles legiones, cuya derrota llora Augusto á gritos, con lágrimas de dolor y de vergüenza, mesándose los cabellos y corriendo desesperado por los atrios de su palacio, es Tiberio el que repara la honra de las armas romanas, y consuela al viejo Emperador, que al saludarlo victorioso lo acoge en sus brazos, y lo sienta á su lado entre los cónsules, en el tribunal erigido en el campo de Marte para glorificar al vencedor.

Augusto enfermo poco después no ve ya junto á sí más que al hijo de Livia, á quien adopta y asocia al Imperio.

De la familia de César sólo queda Germánico, lejos de la corte, en medio de soldados que no piensan sino en la guerra, ignorante de las intrigas palaciegas, inadvertido de la multitud. Los hijos de Augusto han desaparecido en las sombras misteriosas de la muerte. Ni siquiera un hombre ilustre, ni un general conocido en el Imperio. El omnipotente soberano lo ha absorbido todo en su persona en cuarenta y seis años de reinado, y nadie sino él brilla sobre la faz de la tierra.

Livia ejerce sobre Augusto irresistible influjo. Prendado de la hermosa tentadora de esa mujer, se la arrebató joven á otro marido, la desposó en seguida, y fué ella la verdadera pasión del anciano descaecido. Livia! madrastra funesta, hembra abominable, que cubre con sus incitantes gracias un corazón de hiena!

Desde que conquistó el amor de Augusto no tiene más pensamiento que sentar en el trono de los Césares al hijo que trajo de otro tálamo. Ni la ley ni la naturaleza son obstáculos para ella, que el crimen no la amedrenta, ni la sangre la espanta!

Asedia al Emperador, que duda y vacila quiza ante las supremas responsabilidades que entraña la soberana elección; lo seduce, lo fascina incansable, lo enerva despiadada; y Augusto, ya decrepito, herido quizás por la ingratitud de sus súbditos, desengañado tal vez al fin de su vida octogenaria, cargada de peligros y labores, ó deseoso seguramente de que se comparen en pro



DOÑA CARMEN VALERO

de su gloria los tiempos futuros con los tiempos pasados, desecha á Germánico, que es el favorito de su alma, el modelo de las más eximias virtudes, á Germánico, el renuevo generoso de la sangre imperial, y proclama heredero á Tiberio, cuya doblez conoce y cuya maldad sospecha!...

La noticia no causa á Tiberio ni alegría ni entusiasmo. Antes bien, muerto el Emperador, se manifiesta abrumado de pena, de temor, de asombro, como si hubiese recaído sobre él la mayor de las desgracias. ¿Para qué le habrían de servir sus cálculos y sus meditaciones de Rodas, si en este instante solemne, en este ansiado instante de la vida déjase conocer el verdadero estado de su ánimo?

Se niega á aceptar el Imperio! Una y mil veces resiste enérgico! Amigos y enemigos acuden á suplicarle de rodillas, y los rechaza con furor. El Senado se lo ruega, el pueblo le insta! Nada!

El viejo monstruo se contempla en sus propios recuerdos, ejecutando la odiosa comedia, que parece tener por varios días en suspenso la suer-

te del mundo, cuando en verdad antes de rendir Augusto el postrimer aliento ya él y Livia tenían en sus manos el poder supremo y eran dueños absolutos del universo.

Se decide al cabo, cual si la voz del deber lo venciera, y acepta el manto imperial. Pero, impone condiciones! Gobernará con el Senado, partirá la soberanía con los magistrados del pueblo. Los cuidados y las responsabilidades del Imperio son demasiado onerosos para hombros que no sean los del divino Augusto. Grave es la labor, ardua la tarea! Necesita que lo ayuden incesantemente los Cónsules, los tribunos, los pontífices, los censores, los comicios, los ciudadanos, el pueblo todo!

Quiere establecer la República, sus leyes, sus usos, sus costumbres, sus fórmulas solemnes! Consagrará tan sólo algunos años al servicio de la Patria! Después se retirará!...

Algunos romanos oyen con alborozo esas palabras, otros ignoran lo que significan. Suenan en los oídos de las muchedumbres como voces lejanas de tierras desconocidas, á las cuales nadie tiene deseo ni interés de llegar.

En cerca de medio siglo, que duró la dominación de Augusto, desapareció la República, de la cual no quedaban sino los nombres, los símbolos y las figuras de las instituciones, á la manera de las telas pintadas de un teatro.

No la abolió el astuto Octavio, después que la batalla de Ancium lo hizo señor de Roma. Mató el espíritu, y dejó el cuerpo, sin sangre, sin calor, sin vida. Abrogar las magistraturas populares habría sido el más peligroso de los errores. Augusto las reunió todas en su persona, y se hizo Cónsul, tribuno, censor, pontífice, jefe del senado, jefe del pueblo, padre de la Patria, todo! No quiso llamarse rey, se conformó con el dictado de *imperator*, que se daba á los generales victoriosos. Fué el delegado perpetuo de todos los poderes públicos, pero el único soberano.

A eso mismo aspiraba Tiberio. Quién podría oponérsele en Roma? Quién?...

Las grandes virtudes, que en épocas gloriosas immortalizaron á patricios y plebeyos, se habían extinguido en el fragor de las guerras civiles, durante las cuales sucumbieron los últimos atletas de la República. Los hombres que se formaron en tiempo de Augusto aspiraban únicamente á gozar de los favores de César y de las delicias corruptoras de la corte imperial.

El pueblo-rey vivía satisfecho con las dádivas, los placeres y las fiestas en que lo mantenía embriagado la munificencia del soberano. Roma era la señora del mundo, la divina mansión de los poetas y los artistas, la ciudad galante del lujo y los encantos de la tierra, la magnífica metrópoli del amor y la belleza. Aunque la vejez del Emperador cambia después en austeras las livianas costumbres de palacio y obliga á los cortesanos á revestirse de la tristeza oficial, la multitud sigue disfrutando risueña y complacida de las abundantes riquezas del Estado, sin advertir que la brillante tiranía de Augusto va á trocarse por el horrendo despotismo de Tiberio.

Ya está en posesión pública del poder!... La sencillez, la modestia, la magnanimidad del nuevo César admiran: inaudito es su acierto, extraordinaria su rectitud, infalible su justicia. Los viejos latinos se imaginan que los tiempos han retrocedido un siglo, que la historia va á comenzar á escribir nuevas páginas de oro, que los dioses han llamado otra vez á la poderosa reina del Lacio por el camino de la verdad y el derecho.

Ah! el pérfido farsante se ríe en los profundos anuros de su pensamiento, se ríe de la fácil credulidad humana; y, aun allí, en el lecho del festín, donde brega brazo á brazo con la muerte que lo oprime inexorable, allí goza también con el recuerdo de la mentira, que le permitió llegar con paso lento y seguro hasta refirmarse en la herencia de Augusto.

No abandona nunca, sin embargo, la engañosa máscara con que tantos años fingió honor y virtudes; pero, debajo de la augusta toga que ostenta la majestad imperial, se descubre á poco el tigre hambriento de carne humana.

Qué horrible serie de crímenes comienza en breve! Germánico parece víctima de ponzoñoso breva; en el seno mismo de las legiones que lo adoran; los tiernos desvalidos nietos de Augusto caen uno por uno á los golpes de alevosa mano; ni los deudos de Tiberio están libres del furor de los asesinos.

Livia, á quién el amor de madre llevó hasta el crimen, para alcanzarle el cetro á Tiberio; Livia tampoco es inmune. Quiere el hijo ingrato desmentir la creencia de que ella le debe el poder soberano, que es ella la que lo sostiene en el trono, y la arroja de palacio, y la persigue y vilipendia hasta que muere desesperada. Lo mismo que aquella Julia, la esposa adúltera divorciada, que vive hace años en oscuro retiro olvidada de todos y quizás arrepentida, á la cual busca implacable y condena á morir de hambre, como expiación de las faltas y escándalos de su juventud.

Tiberio desencadena su odio contra el género humano, y negros crespones velan el universo. El hierro, el veneno, la cuerda, la tortura, el hambre, la desesperación, todo se convierte en instrumento de muerte. Hombres y mujeres, viejos y niños, el crimen no distingue sexos ni edades. Patricios ó plebeyos, ilustres ó oscuros,

ricos ó pobres, sanos ó enfermos; no hay clases, condiciones, ni categorías para los verdugos que obedecen á Tiberio. Horrosa igualdad! Nivel que abate la humanidad entera y hace de toda ella una sola víctima!

Los ciudadanos se matan para escapar de los rigores del tormento, y las matronas y las vírgenes más esclarecidas buscan también refugio en el suicidio, para libertarse de la deshonra, que respecto de ellas agrava siempre el suplicio.

Cree Roma que Seyano, el amigo predilecto, el ministro omnipotente, es quien aconseja al Emperador las abominaciones é impiedades que aterrorizan al mundo. Pues Tiberio se apresura á desmentir el error: Seyano es condenado también, y tras él sucumben, cruelmente, la mujer, los hijos, los deudos, los clientes, los amigos y hasta los servidores y los esclavos del favorito. Verdugos, cómplices, víctimas, todos van cayendo, unos en pos de otros, en la misma inmensa fosa, que mantiene abierta el odio de Tiberio, y que como éste parece insaciable de muertes y horrores!

Ni las ofensas, ni los servicios, ni el tiempo, ni la hartura, calmaron al implacable sacrificador! Frío, silencioso, impassible, el Emperador parece extraño á los crímenes que se cometen. Cada vez que se dirige al Senado es para quejarse de los peligros que conminan al Jefe del Imperio, de los trabajos que lo agobian, de los pesares que amargan su existencia. Vive fingiendo temores y penas; se lamenta en toda ocasión de los abnegados servicios que presta, sin recompensa, á la Patria; execra á los aduladores; en público abomina del vicio, y desprecia á los cobardes que lo ayudan con sus infames delaciones, á tiempo que amanaza secretamente á los que no lo acompañan en la infernal tarea.

Destruye en silencio una á una las instituciones seculares de la República; pisotea las leyes, aun las que él mismo dicta en uso de poderes incontrastables; se burla de los dioses que permiten tantas maldades; piensa que los hombres han nacido para la servidumbre, cuando contempla el miedo y la abyección de los Romanos, que se arrastran ante la usurpada soberanía del mismo que los vilipendia y castiga; á la vez que impone severamente la observancia ciega de las formas que nada dicen, ordena el respeto de los símbolos, que han llegado á ser ridículos para la multitud, conserva con afán los emblemas y ceremonias un tiempo sagrados para la Patria, y defiende la pureza del idioma del Lacio, hasta el punto de mandar devolver al Senado un acto, en que esta degradada corporación empleaba la palabra griega *metrópoli*, usada ya por los cultos de Roma, y reprende duramente á los Padres conscriptos porque injuriaban así la lengua gloriosa de los Romanos, que abunda en ricos y elegantes vocablos.

Durante esas inacabables hecatombes humanas, Tiberio se entrega en Caprara á los más exagerados placeres sensuales. Los pueblos de la tierra se ponen á contribución para saciar la brutal lascivia del tirano: la imaginación inventa horrosos refinamientos, sin lograr satisfacer al degradado César, que busca al fin fuera de la naturaleza el fuego impuro que haga despertar el organismo, muerto en los excesos de la eterna orgía!.....

Ah! y cómo ve pasar Tiberio ante sus ojos los veintidos años de su reinado, entre las terribles sombras y las claridades siniestras que crea el pavor de la muerte! Cómo renacen en la fantasía del horrible viejo los sangrientos fantasmas de tantos crímenes perpetrados; fantasmas que marchan en infinitas legiones, espectros que lloran, gritan, blasfeman, apostrofan y maldicen al asesino, y van dejando en pos de ellos rastros espantosos de sangre y podredumbre!..... ¡Cómo contempla en ese instante final el cuadro tremebundo de su reinado, del cual no queda para la posteridad ni un triunfo ni una obra, ni un monumento, ni una chispa de luz, que ilumine el porvenir!.....

*

Mientras el Emperador sueña así, despierto, los circunstantes se convencen más y más de que está mortalmente enfermo.

A una leve ojeada de Macrón, el médico persa que vive confundido entre los esclavos, se adelanta tranquilo hacia el lecho, donde César yace

inmóvil, y bajo pretexto de despedirse de su señor, se arroja, le toma la mano para besársela, y con riesgo de la propia vida pone los dedos rápidamente en el pulso para sorprenderle el secreto de la muerte.

Tiberio adivina el intento, pero disimula cautelosamente su furor.

Abre los ojos, se sustrae con energía al fatídico influjo de las visiones que lo asaltan y lo aterran, se incorpora en el lecho, pasea una mirada indiferente por los ámbitos de la cámara, y manda que le sirvan de beber. Los cortesanos tiemblan. Antes de exhalar el último suspiro, el déspota puede todavía sembrar de cadáveres el camino de su tumba.

Importa á todos precaverse del inminente peligro; y, luego, es necesario anticiparse á los sucesos que se precipitan; es menester impedir que las noticias lleguen á Roma, antes que se haya preparado el advenimiento del nuevo César, para tener al lado de éste puesto culminante y provechoso.

Moja apenas los labios el moribundo con el vino que le presenta el copero, da orden que lo dejen solo, se sobrepone al malestar que lo abate, busca fuerzas en el cuerpo de hierro para reanimar el espíritu, y, creyendo fugaz quebranto el vértigo que comienza á perturbarle el cerebro, medita cómo debe castigar á los traidores que lo rodean.

Todos salen temerosos, pero á la espalda de Tiberio se ha quedado Macrón, el instrumento habitual de los crímenes y las venganzas imperiales; Macrón, que al verle recostarse otra vez sobre el púrpuro lecho, se abalanza sobre el Emperador, le envuelve la cabeza entre las almohadas, y lo ahoga con la violencia y la rapidez del rayo.

Momentos después el pérfido servidor anuncia sereno á los centuriones de la guardia que el soberano duerme sosegado, y vuela furtivo hacia Roma, llevando el anillo de Tiberio, que ha de servirle para levantar sobre el pavés á Calígula.

Calígula! En seguida aparecerán Claudio, Nerón, y después otros y otros azotes de la humanidad; pero ninguno igualará á Tiberio, cuyos crímenes y monstruosidades quedan siendo únicos en la historia!

Felizmente, cuando muere Tiberio, ya se ha consumado la redención del mundo, con el sacrificio de Jesús sobre la excelsa cima del Gólgota!...

ANÍBAL DOMÍNICI.

Caracas: septiembre de 1888.

SEMBLANZAS DE PROCERES CIVILES

CUADROS HISTORICOS

DOCTOR JUAN GERMAN ROSCIO

III

La Revolución en 1812.—Actitud del Congreso y el Ejecutivo.—El terremoto y sus efectos físicos y morales.—Dictadura de Miranda.—Violación de los tratados de paz por Monteverde.—Prisión de Roscio.—Público vejamen de este patriota.—Las bóvedas de La Guaira.—Varios distinguidos republicanos remitidos á la Regencia.—Encarcelación de éstos en Cádiz.—Manifiesto de los patriotas á las Cortes.—Los americanos son remitidos á Ceuta.—Logran trasladarse á Gibraltar.—Son entregados por el Gobernador de aquella plaza.—El gobierno inglés los reclama y obtiene su libertad.

El año de 1812 es para Venezuela la fecha de una inmensa catástrofe. En él vió la patria perdidas las brillantes conquistas alcanzadas con heroicos esfuerzos en el camino de su gloriosa redención política; en él vió la patria desolada sus poblaciones, entre cuyas ruinas vagaban como espectros sus espantados hijos.

Abatidos por la desgracia los recientes ciudadanos fueron presa del fanatismo y la conciencia pública sufrió largo eclipse, á cuya sombra medraron los enemigos de la libertad.

A pesar de que á principios de este año la guerra iba haciéndose cada día más general y sangrienta, el Congreso, el Ejecutivo y la Legislatura Provincial de Caracas, seguan desempeñando sin interrupción las funciones de sus respectivos cargos.

El 31 de enero fué aprobada la Constitución Provincial de Caracas, elaborada por los patriotas Paul, Tovar, Ustáriz, Yanes, Alamo, Castro,

Toro y Milano. Roscio suscribió esta Constitución por el Partido Capitalar de la Villa de Calabozo.

El Constituyente continuó sus patrióticos trabajos hasta el 23 de febrero, en que suspendió sus sesiones, después de haber convocado á sus miembros para reunirse de nuevo en la ciudad de Valencia, en el próximo mes de marzo.

El día 21 de este mes se hizo en el Congreso la elección de los miembros del Ejecutivo Federal, resultando nombrados los ciudadanos Francisco Javier Ustáriz, Francisco Espejo y Fernando Toro, como principales, siendo uno de los suplentes el Doctor Roscio.

Cuando el fanatismo religioso y la astucia política se dieron á explotar en provecho propio la ignorancia del pueblo, á favor del espanto causado por el terremoto que asoló las ciudades de la República el 26 de marzo, el Secretario de Estado don Antonio Muñoz Tébar, dirigió al Muy Reverendo Arzobispo don Narciso Coll y Prat, un oficio en el cual se le exigía la publicación de una pastoral que contrariase la idea de que la gran desgracia que afligía á la patria era un castigo de la Divinidad indignada por la proclamación de la independencia.

Esta exigencia del Gobierno Republicano hubo de ser repetida luego en términos apremiantes, á los cuales contestó el Prelado en un lenguaje ambiguo, en el cual se trasparenta claramente su renuencia á manifestar de una manera explícita que aquel fenómeno natural no era la explosión terrible de la cólera celeste.

El 23 de abril ofició el Doctor Roscio, en nombre del Poder Ejecutivo, al señor Arzobispo, exigiéndole terminantemente la pastoral que se le había pedido. Esta fué remitida pocos días después á la Secretaría del Estado y el gobierno la mandó archivar por considerarla antipolítica.

El 26 de abril recibió Miranda del Poder Ejecutivo el título de Generalísimo y las facultades discrecionales que este había recibido á su vez de la Representación Nacional, el día 4 del mismo mes.

Los resultados de la dictadura del famoso General republicano, no debían corresponder á las esperanzas de la revolución. Miranda "extranjero en su patria," encontraba obstáculos hasta en los mismos oficiales de su ejército, y los realistas fueron haciéndose cada vez más poderosos y temibles, á favor de un cúmulo de circunstancias, cuya resultante debía ser para ellos el éxito, adorado del vulgo.

En el mes de mayo promovió el Generalísimo una conferencia, que se efectuó en Maracay, á la cual concurrieron el Ejecutivo Federal, la Cámara de representantes de la Provincia de Caracas y el Ejecutivo de esta misma Provincia, representados respectivamente por don Juan Germán Roscio, don José Vicente Mercader y don Francisco Talavera.

El resultado de esta conferencia fué en síntesis la ampliación más absoluta de las facultades discrecionales del Generalísimo. Desde aquel día él lo era todo para la patria; sólo él podía nombrar los jefes y comandantes militares; sólo él podía tratar directamente con las naciones extranjeras ó designar los delegados que á bien tuviese. Miranda pudo decir en aquella ocasión, recordando la expresiva frase del célebre rey francés: Venezuela soy yo.

De aquella conferencia salió también el decreto de la Ley Marcial que fué uno de los acontecimientos más notables de la época.

Poco después se disolvió el Poder Ejecutivo y Espejo y Roscio quedaron al lado del Generalísimo.

Miranda luchó luego desesperadamente en medio de múltiples contrariedades y sucesos adversos á la revolución que, personificada en él, esperaba de sus brillantes antecedentes y su simpática historia de caballero de la libertad en ambos mundos, el triunfo sobre las armas españolas y la realización de sus nobles propósitos.

El adalid de la República no pudo sin embargo desplegar en aquellos momentos decisivos, los vastos talentos militares que le habían captado la admiración de Champañeau en las prisiones de la Force.

Su energía gastada por los años y las constantes vicisitudes de su agitada vida, no era ya la misma que había revelado á Napoleón el fuego sagrado que ardía incesantemente en su espíritu.

Su fisonomía no se iluminaba ya con aquella aureola que había impresionado á la Duquesa de Abrantes.

El hombre trágico de Michellet, tocaba ya la etapa del martirio, á que parecía predestinado.

Juan Germán Roscio fué una de las más ilustres víctimas de aquella negra violación de los tratados de paz, con que Monteverde infamó la historia de su odiosa dominación en Venezuela. Reducido á prisión por orden del afortunado vencedor, fué colocado en un zepo y expuesto á las burlas del

populacho en una de las plazas públicas de Caracas.

Allí sufrió aquel patriota respetabilísimo por la notoria honorabilidad de su vida pública y privada, las más crueles vejaciones de los realistas estimulados por el déspota y sus principales secuaces.

Acercábanse á él, catalanes y canarios, y mostrándole sucios papeles, le suplicaban con aire humildísimo que les firmara aquellos billetes, aludiendo con groseros chistes al papel moneda que había creado el Constituyente.

Otros le preguntaban con gran cortesía por sus compañeros del Congreso, recomendándole para cada uno de ellos los más cordiales y expresivos saludos.

Otros llamándole sarcásticamente Excelentísimo Señor, solicitaban de él un empleo público, haciendo votos por la felicidad de la patria bajo la égida de su paternal gobierno.

Algunos más osados ó más viles se atrevieron á arrojar sobre su rostro el lodo de las calles.

Eran aquellos los días en que los soldados de Monteverde cantaban:

"Miranda debe morir
Roscio ser decapitado
Arévalo consumido
Espejo descuartizado"
"Contra el rey y su nación
Fué Roscio el más declarado,
A la corte se ha negado
Como el traidor más aleve;
Por cuyo motivo debe
Roscio ser decapitado."
"Donde están las tres personas
Del Colegio Electoral
Que firmaban papeletas
Roscio, Blandín y Tovar." (1)

El público vejamen del Doctor Roscio duró varios días en los cuales la entereza de su carácter y la altivez de su dignidad no desmayaron un punto. Incansables fueron sus enemigos en prodigarle mortificaciones en aquella conflictiva situación, en la cual, las burlas más ridículas y los más hirientes sarcasmos multiplicaban constantemente las crueldades de su martirio.

Los padecimientos de este íntegro ciudadano en aquellos días luctuosos, nos revelan la firmeza de sus convicciones políticas y su desinteresado amor á la redención de la patria.

La orden de remitir á las bóvedas de La Guaira á todos los patriotas notables de Caracas, dada por Monteverde el 3 de agosto, puso término al infamante espectáculo, y Roscio acompañado de algunos otros republicanos dignos de mejor suerte, fué trasladado al vecino puerto, sobre un burro enjalmado, con las manos y los pies cargados de pesadas cadenas.

Allí, encerrado en aquellas húmedas prisiones, donde Miranda meditaba su valerosa y nobilísima protesta contra la traición que victimaba á sus conciudadanos, sufrió esposas y grillos, hambre y sed.

Las personas aprisionadas en aquellos subterráneos, padecieron cuantas mortificaciones son imaginables para tan horrible cárcel y tan feroces carceleros. Dícese que hubo patriotas que murieron allí de tristeza, y otros que en momentos de sombrías meditaciones acariciaban la idea siniestra del suicidio.

Si es verdad que existe cierta relación misteriosa y secreta entre la prisión y su guardián; si la cárcel y el carcelero se complementan para la realización de su negro destino; si según la elocuente expresión de Víctor Hugo, prisiones como Santa Elena han de producir siempre carceleros como Hudson Lovve, no es extraño que el alcaide de las bóvedas de La Guaira fuese aquel feroz Cerveriz que ha dejado su nombre escrito con sangre de inocentes en los anales de la guerra á muerte.

En aquella mansión de desgracias permaneció el Doctor Roscio hasta el 10 de octubre de 1812.

En este día las puertas de la prisión se abrieron repentinamente y un oficial leyó en voz alta los nombres de algunos de los presos, cuya lista traía en un libro de registro. Roscio, Madariaga, Isnardi, Ayala y otros infortunados republicanos salieron de los subterráneos y fueron recibidos por un piquete de soldados, cuyo jefe los condujo á bordo de la goleta *Fernando VII*, al mando de don Eusebio Tiscar.

Nuevos padecimientos les esperaban en lejanas playas.

Monteverde los destinaba á la Regencia de España, calificándolos de "monstruos que llenaban el mundo de horror con sus nombres y sus crímenes, por haber ejercido en toda su fuerza las pasiones más sanguinarias y bajas, siendo la primera raíz, la primera causa de todas las desgracias de América."

Aquellos honrados patriotas fueron encerrados en las prisiones de Cádiz, desde donde cansados de sufrir las injusticias con que se les trataba, dirigieron á las Cortes un manifiesto, en el cual re-

clamaban los derechos de Venezuela, y el cumplimiento, por parte de España, de la capitulación firmada por Monteverde.

Tan valerosa manifestación de energía patriótica, que daba la medida del carácter de los americanos, hirió el orgullo de las Cortes, que indignadas con la audacia de los independientes los remitieron al presidio de Ceuta, en mayo de 1813.

Allí permanecieron algún tiempo bajo la más severa vigilancia, hasta que promediando diciembre de 1814, en una noche tempestuosa que los favoreció con sus sombras y sus borrascas, fueron llevados á Gibraltar, por la bondad de Mr. Tomás Richard, cuya noble acción merece la gratitud de Venezuela.

En vano fueron sin embargo las precauciones del caballeroso salvador, y los esfuerzos é intrepidez de los favorecidos prisioneros. Reclamados por un oficial peninsular, fueron vilmente entregados por Mr. Campbell, Gobernador á la sazón de aquella plaza.

Trasportados luego al punto á bordo del *Ja-beque*, en medio de una escolta, fueron restituidos á sus antiguas cárceles.

La entrada de los capturados fugitivos en la plaza de Ceuta, fué uno de esos espectáculos con que los pueblos excitán á veces la indignación de la humanidad.

La muchedumbre amotinada los esperaba, con esa ferocidad infame de las multitudes en presencia de la superioridad en desgracia.

Roscio y sus infortunados compañeros atravesaron cargados de cadenas, por en medio de un populacho enfurecido, que entre gritos y silbidos, pedía con frenesí, que se le entregaran las víctimas, para saciar en ellas siniestros deseos.

Así trataba entonces la Madre patria á los hombres más distinguidos de las colonias hispano-americanas, tan sólo porque habían heredado con su sangre, el patriotismo heroico que ha inmortalizado á tantos de sus hijos, y ese inmenso amor á la independencia que es como el espíritu latente de su brillante historia.

Tristes sombras nublaron entonces más que nunca las frentes de aquellos constantes defensores de la América oprimida.

Las negras soledades de los calabozos, donde fueron encerrados separadamente, cuántas tristes reflexiones no despertarían en aquellos cerebros pensadores; cuántas torturas no engendrarían en aquellos corazones llenos del fuego sagrado de la libertad. Acaso la fantasía exaltada por la desgracia, reveló á los eximios patriotas las dolorosas escenas de la guerra á muerte que asolaba entonces á Venezuela, en medio de las continuas batallas; acaso las sangrientas figuras de Bóves, Zuazola y Antofañanas, se presentaban ante ellos, en las silenciosas noches de insomnio de sus duras prisiones. Toda esperanza había desaparecido para siempre. Tal vez pensaban en la muerte como en la única redención posible para sus desgracias, cuando entre las densas tinieblas que rodeaban sus destinos, el sol de la libertad brilló súbitamente y la imagen de la patria surgiendo radiosa en lontananza, vino á cautivar de nuevo sus corazones con el prestigio de gratas promesas.

Al tener noticia el gobierno británico de la conducta de Campbell la reprobó con indignación, reclamando á los prisioneros que acogidos á su bandera, habían sido entregados con mengua de la hospitalidad de que en la edad moderna tanto alardean las naciones cultas.

A los reiterados reclamos de Inglaterra cedieron al fin las autoridades de Ceuta y los patriotas americanos fueron llevados de nuevo á Gibraltar, donde juraron otra vez, consagrar á la independencia de la América el resto de sus días, con la varonil entereza de sus espíritus templados en el crisol de largos infortunios.

E. A. YANES.

EN ALTA MAR

Á SALVADOR N. LLAMOZAS

Está la noche tranquila;
La brisa con tenues alas
Apenas riza el espejo
De las adornadas aguas.
El astro-rey de la noche
Suave claridad derrama.
Entre círculos de espuma
Sigue la nave su marcha.
En la movetiza prora,
Inmóvil, como una estatua,
COLÓN, del negro horizonte
La ansiosa vista no aparta.
El silencio de la noche
Penosamente contrasta
Con la tormenta que ruje
En los abismos del alma,

Y en el afán que lo agita
Con voz convulsiva exclama:

"Cuántos soles han corrido
Desde la hermosa mañana,
En que las naves al viento
Batieron sus lonas blancas,
Y entre sollozos de angustia
Abandonaron la playa
De un mundo que tal vez nunca
A hollar volverá mi planta.
Cual mustias flores vacilan
Mis risueñas esperanzas,
Y en negro fondo de dudas
Mis ilusiones naufragan.
Todos duermen, y yo velo,
A todos la pena embarga...
Oh noche! mis tristes ojos
Cubre también con tus alas!...
Vano afán!... ¿Cómo podría
Encontrar reposo el alma;
Cómo acallar los sollozos
Que de mi pecho se exhalan,
Si mi corazón se agita
Como fiera encadenada,
Y el dolor que lo conturba
Brotó convertido en lágrimas?"

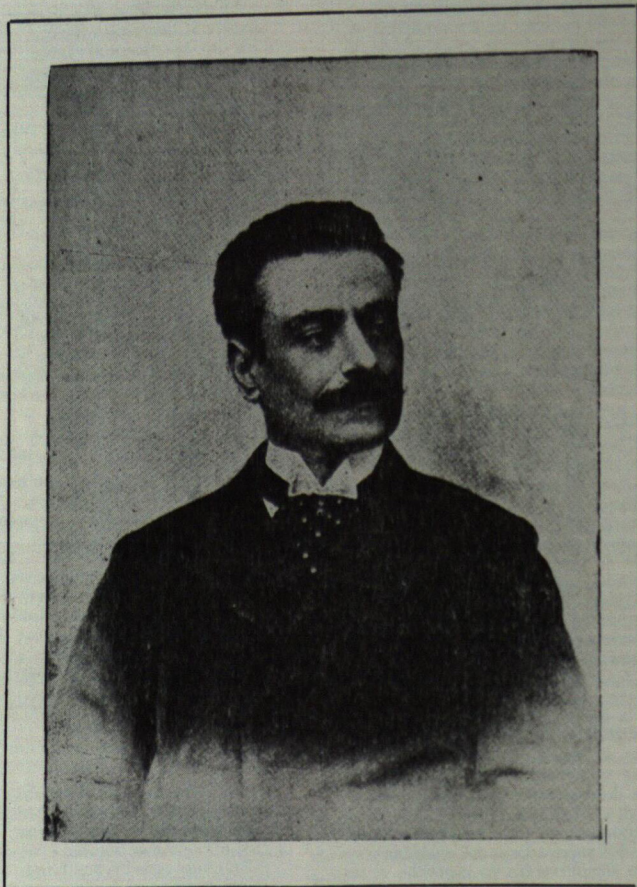
"Cuántos de los que me siguen,
Presa de inquietud amarga,
Sueñan con los verdes bosques
Y el cielo azul de su patria,
Y van á morir muy lejos
De los que su vuelta aguardan,
Sin que exista mano amiga
Que pueda mostrar mañana
El sitio donde reposen
Sus cenizas olvidadas;
Ni haya labio que murmure
Con cariño las plegarias
Que en los instantes supremos
En que la vida se apaga,
Antorchas son que iluminan
El camino de las almas.

"Cuán terrible maldición terrible
Tal vez mi existencia arrastra!
Del triste hogar á la sombra,
Cuanta esposa desolada
Diciendo estará á sus hijos
Con voz que el pesar arranca:
'Ya vuestro padre no vuelve;
A regiones ignoradas,
En frágil barquilla, el rumbo
Tendió con resuelta planta,
Llevado por un demente,
Que con quimeras fantásticas,
De los reyes de Castilla
Logró burlar la confianza;
Y acaso en este momento
Su postrer suspiro vaga
Por la soledad profunda
De los cielos y del agua.
Ya en nuestro hogar posó el vuelo
El genio de la desgracia.
Y calla su voz doliente
Por los sollozos nublada.'

"Mañana cuando la aurora
Desate sus trenzas blancas,
Y efluvios de nueva vida
Traigan nuevas esperanzas,
En el inmenso horizonte
Las anhelosas miradas
De la tierra prometida,
Buscarán la negra raya.
Y si aún sigue á mis deseos
Mudo el cielo y muda el agua,
No habrá de ser suficiente
Todo el poder de mi alma
Para resistir al golpe
Del puñal de la venganza!...

"Mas ¿por qué con honda angustia
Todas mis fuerzas desmayan,
Y la fé que á el alma alienta
Su dulce fulgor apaga?...
No será!... que ante mis ojos,
Con majestad soberana,
Resplandece en las alturas
La estrella de la esperanza!
¡Humillarse fuera mengua!
Ya la lucha está empeñada;
Y el mundo que tantas veces
Mi noble ambición soñara,
Con atracción misteriosa
A sus dominios me llama.
Le despertaré á la vida,
Y sobre la cima helada
De sus volcanes hirvientes
De sus abruptas montañas,
Oh ISABEL! en nombre tuyo,
Tú, que en mar nunca surcada,
Trazar supiste el camino
A desconocidas playas,
He de tremolar la enseña
De la redención humana,

(1) Cancionero de la Revolución por Aristides Rojas.



DON LUIS AMATO

Para eterna hacer tu gloria
Y eterno el nombre de España!"

Convulso y febricitante
Por la emoción que lo embarga,
La frente dobla el marino,
Y de su pecho se escapa
Un suspiro que á los cielos
Bate las fúlgidas alas.

La nave, en tanto, prosigue
Al leve impulso del aura,
Cortando, del mar sumiso
La superficie rizada.

Su túnica de tinieblas
Rasga en el Oriente el alba,
Y con ambarinas luces
El horizonte engalana.
Vence el genovés gozoso
El letargo que lo embriaga,
Y por el espacio inmenso
Tiende la ansiosa mirada.
Desdichado!... A morir tornan
Sus más dulces esperanzas!
La vista tan sólo encuentra
La comba, indecisa franja,
Que dibujan al unirse
En la remota distancia,
Las róseas tintas del cielo
En el hondo azul del agua!...

ALIRIO DÍAZ GUERRA.

1892.

BOHEMIA

Fueron vanas sus pesquizas.
En la vetusta gaveta, amarillentos papeles; esqueletos de flores que adornaron tal vez el seno de alguna bella; unos cuantos granos de pimienta brava y el *Arte Amandi* de Ovidio.

En los bolsillos, dos ó tres cabecitas de fósforos, y restos de picadura de tabaco mezclada con esa

pelucita de color indefinible, de apariencia algo donosa, que se forma de mil heterogéneos componentes en el fondo de ciertas faltriqueras y debajo de todos los lechos.

Algo quedaba que vender; pero: ¿dónde encontrar el comprador?

Ocurrir á un amigo . . . ?

Era sin duda lo más práctico; lo que daría un resultado más inmediato. Sí, esa era la única tabla de salvación.

Veamos. A quién me dirigiré?

Juan me debe. Le he servido en distintas ocasiones pero, creo que está como mi conciencia . . . y además diría que le cobro . . . no, no ocurriré á él, sería indelicadeza imperdonable.

Pedro es mi amigo; nos hemos divertido juntos y le he sacado de más de un apuro; pero qué diablos! como he de ir á decirle que me preste dinero para comer! Si fuera para tirarlo alegremente, vaya; eso sería otra cosa! Y además, puede que no le tenga, y sería ponerlo en un desagradable compromiso . . .

Nó: dejemos á Pedro; no le molestemos, y así estamos seguros de evitar un bochorno y de conservar un amigo.

Ocupemos á otro.

Andrés . . . Octavio, Alberto . . . Excelentes chicos . . . pero si esos deben hasta el aire que respiran . . . ¡no, no hay qué pensar en ellos! quién? . . . quién? . . . y sin embargo tengo tantos amigos! Estoy cierto de que si yo fuera capaz de dar un baile, ó un banquete, y convidara doscientos, todavía se habrían de resentir otros doscientos; sin duda con razón; con muchísima razón. No me han convidado ellos á sus entierros? Es verdad que yo no he ido, pero en fin ellos me han convidado, y el toque está en convidar.

Veamos, hombre, como no he de encontrar uno que esté hábil para hacerme un servicio?

Ese imbécil del doctor, que para prestar cinco pesetas, pretende que es necesario dar garantía, recta y colateral *inter vivos*! Cartujo! Si yo tuviera algo que dar en garantía, pues como había de ocurrir á él?

Y además que entiende ese hombre por garantía? Oro y piedras preciosas? Es capaz de no aceptar un pagaré de Aduana! Yo se de él que no ha

querido empeñar un ejemplar del Diccionario de la Academia, y que ha rechazado más de diez kilogramos de poesía épica que le daban en prenda por un miserable billete de cuatro duros! Avaro! Ignorante!

No hay pues que contar con el doctor.

Quién? . . . quién? . . . repetía desconsolado el infeliz Eduardo.

Era urgente tomar una determinación y el tiempo transcurría con la rapidez que suele en los momentos conflictivos.

Eduardo se devanaba los sesos, y no acertaba á encontrar el modo de salir del apuro. Lo cierto es que no habiendo tenido nunca necesidad sino de sus propias fuerzas, la idea de tener que recurrir á los demás, hacía asomar el rubor á sus mejillas, y las lágrimas á sus ojos. Por eso se esforzaba en encontrar inconvenientes más ó menos plausibles á los medios salvadores que en vertiginoso giro le sugería el afilado aguijón de la necesidad.

La casa estaba silenciosa; los niños jugaban sin meter ruido; y la madre á pesar de su tristeza se esforzaba por sonreír á sus hijos y por parecer tranquila á su esposo.

Nadie hubiera sospechado al contemplar aquel cuadro, sereno, de apacible contraste, que el dolor se cernía sobre aquella frente pálida; que la sonrisa de aquella mujer era una lágrima disfrazada y que la alegría de aquellos ángeles era la heroicidad de la inocencia.

Y mañana! y mañana? repetía en su pensamiento el desventurado bohemio.

Llegó la noche.

El día había pasado como todos los demás, sin que nada faltara sin que nada hubiera habido de menos. Pero . . . y mañana?

Eduardo pareció al cabo decidirse. Se vistió lentamente, y salió. Qué había resuelto? Había hallado por fin la solución de aquel problema doloroso que le torturaba el alma?

Caminaba despacio, cediendo el paso inconsciente, como quien no quiere hallar tropiezos en el camino.

Por fin entró á una casa, de regular apariencia, andando casi de puntillas. Cuando su mano trémula iba á golpear la cerrada puerta, el ruido de copas y cubiertos que confusamente llegó á sus oídos, detuvo su movimiento, haciéndole exclamar con profundo desconsuelo:

—Está comiendo; no, el momento no puede ser más inoportuno!

Y andando de puntillas como había entrado, salió, quedándose como una estatua en el portón de la casa.

Allí permaneció, inmóvil, con la cabeza sobre el pecho, con ambas manos en los bolsillos de los pantalones, como si necesitara de tocar sus fondos para convencerse de la desconsoladora realidad.

De pronto una mano sólida, sin duda bien alimentada, cayó sobre uno de sus hombros, sacándole con sobresalto de su profunda meditación.

—Qué demonios haces ahí? Pero ya . . . de seguro andas buscándole consonante á tiempo ó á indio . . . Eso es lo que te tiene de malas; quién te ha metido á tí á hacer versos? . . .

—Y á tí quién te ha dicho que yo esté de malas?

—Hijo, si eso se conoce por encima de la ropa. Apuesto á que no tienes cigarros?

—Eso no prueba sino que me he convencido de que fumar es absurdo. ¿Qué quiere decir convertirse uno en chimenea? ¿Qué placer puede haber en estar humeando como leña verde? Además, está averiguado que la nicotina es un veneno, lento pero seguro, que obra directamente sobre el corazón.

—Cáspita! soy capaz de dejar el vicio; hace tiempo que sufro ciertas palpitaciones, y bien puede que sean los malditos cigarros . . . pero qué hace uno sino fuma?

—Tienes razón. La vida es humo. Humo la gloria, humo la ciencia, humo el poder. ¿Qué es lo que no es humo?

—El dinero, chico, el dinero. Eso es real y positivo. Lo único indispensable, lo único que vale la pena de que el hombre se desvele por alcanzarlo, por conservarlo, por aumentarlo, por poseerlo en fin. Ese es el generador de la fuerza en nuestro planeta. El es el movimiento, la luz, en suma el medio y el fin. Nada resiste á su incontestable poder. La virtud misma cede á su impulso bien calculado y sabiamente dirigido . . .

—Siempre has tenido ideas vulgares. Eres un bucy!

—Que bien se lame.

—Qué haces tú con tu dinero?

—Pues lo que no haces tú con tu talento, que te lo reconozco, para todo lo que no sea práctico en la lucha por la vida. De qué te sirve?

—Tú estás en un error, como lo están muchos. Talento quiere decir acierto. Quien no acierta es que no le tiene.



CESAREO PEREZ

—Entonces le tengo yo?
 —Y tú crees haber acertado?
 —A mi manera, sin duda!
 —Pues le tienes y Dios te lo guarde.
 —Con él te quedas.
 —Adiós!

Y se separaron, tomando opuestas direcciones. Eduardo continuó vagando largo rato, sin rumbo determinado, esquivando la gente, buscando la sombra, como si temiese que pudieran leer en su rostro la angustia que llevaba en el corazón. Era ya tarde. El movimiento empezaba a disminuir en calles y plazas, y á poco sólo los cafés y establecimientos de billar quedaban iluminados.

Eduardo entró maquinalmente á uno de éstos. Jugaban Palo negro.

Entre los de la partida había dos ó tres de sus amigos.

Entra al juego que Alberto se vá, le dijeron varios á un tiempo. Y volviéndose al coime: Cambie la A por una E.

—No, no, yo me voy ya; entré á ver si estaba aquí Felipe.....

—Qué diablos! es cosa de un cuarto de hora; juegas esta mesa y te vas enseguida replicó el joven, tirando al coime una moneda de dos francos.

—En fondo el señor.

—Eduardo que era una fiera, como vulgarmente dicen, en el juego de *palo negro*, vió el cielo abierto y empuñó el taco con la suprema decisión del náufrago que tropieza con la tabla salvadora en mitad del océano.

—Ganó la mesa en dos ó tres jugadas; se metió en el bolsillo con el aire más indiferente del mundo los diez ó doce francos de la puesta y diciendo: De ustedes señores! salió con el mayor aplomo sin atender á los ruegos que le hacían para que continuara jugando.

Cuando se vió en la calle, sacó el dinero y lo con-

tó cuidadosamente, resultando once francos y medio. Los cincuenta céntimos que faltaban para doce eran los que la casa cobraba por cada partida.

Guardó su tesoro, se besó las manos, y se dirigió á su casa tan alegre como si llevase una fortuna peruana; entregó el dinero á su esposa y se acostó diciendo:

Mañana verémos! Quien no va á creer en la Providencia! Y que caminos tan misteriosos tiene para acudir en auxilio de sus criaturas! Qué formas tan singulares toma! Decir que no desdén la de un taco de billar! Los ateos son unos imbéciles. Negar á Dios para creerse exentos del fardo de la gratitud! Porque la casualidad, ciega, inconsciente como es, ni la reclama ni la necesita.

Llamar *acaso* á esa fuerza única, infinita, misteriosa, desconocida pero que á cada paso se manifiesta..... Bah! No creen lo que dicen, ó no dicen lo que creen..... Peor para ellos! Que poco saben las ventajas del ser creyente! Por mí, creo á pie firme, sin preocuparme de nombres, y allá ellos.....!

Y se durmió pensando que la Providencia le depararía también mañana algún palo negro ó blanco en que ahorcarse.

Algunas semanas hacía que duraba aquella situación difícil, porque los tiempos eran malos, y las necesidades no disminuían; cuando una mañana se presentó un caballero que olía á plata acuñada.

—Don Eduardo N?

—Servidor de usted.

—Descaría que fuese usted quien se encargase de una obra que me ha sido encomendada. He visto varias de la misma clase, salidas de sus manos, que me satisfacen enteramente, y si no tiene usted inconveniente, y nos convenimos en el precio, me alegraría procediese cuanto antes le sea posible, porque no permaneceré en

este lugar sino pocos días. Quince ó veinte á lo más.

—Estoy á las órdenes de usted y en cuanto á precio le convendría á usted ooo?

—Perfectamente.

—Supongo.....

—Sí, ya, sí; no tengo dificultad. Puedo anticipar á usted la mitad de esa suma. Creo que es la práctica.....

—Pero.....

—No crea usted que lo atribuyo á desconfianza. No señor, y no me incomoda en lo más mínimo.

Y tiró de su bolsillo uno bien repleto de monedas de á veinte francos de las cuales tomó hasta cincuenta que fué colocando en montoncitos de á diez sobre la mesa inmediata. Luego se despidió cortesmente ofreciendo volver algunos días después.

Cuando Eduardo se vió solo, mano á mano con sus cincuenta lises, los admiró extasiado un instante, después los recogió, los hizo sonar, y por último, poniéndolos en el suelo en forma de torre, sacó su pañuelo y comenzó á bailar una zamacueca á toda pierna.

Así le sorprendió su mujer, que al verle le creyó chiflado.

Moderó subitamente su entusiasmo, y le señaló con el dedo la preciosa torrecilla.

—Y eso qué es?

—La Providencia, hija, la Providencia en forma de Pactolo.

—Loado sea Dios.

—Por siempre.

—Podrá pagarse algo.....

—Sin duda; sin duda; pero lo primero que quiero hacer es proveerme de cigarros para dos meses, y comprale á Zenón un cuero de tigre que me tiene encantado hace tiempo!

Está dicho que Eduardo era artista.

A. HERRERA TORO.

LOS POR QUÉ DE LA SEÑORITA SUSANA

POR
EMILE DESBEAUX

Continuación

CAPITULO XIV

LA TIERRA Y LA NARANJA.—EL SOL Y LA LÁMPARA

En esos días de invierno en que la luz del sol es tan escasa, se suele encender luz á las tres ó las cuatro de la tarde. La amarillenta luz del aceite de las lámparas es la encargada de sustituir á los espléndidos rayos solares, y cumple como puede su desairada misión.

La niña estaba en la sala con sus libros y cuadernos, trabajando en una mesa al resplandor de la lámpara atenuada suficientemente por un globo de cristal.

Su abuelo estaba sólo con ella, sentado á la chimenea y dormitando con un periódico sobre las rodillas.

De pronto se despertó, y lo primero que hizo fué mirar á su nieta, absorta en el trabajo.

Esta reparó muy pronto que ya el abuelo no dormía.

Entonces dejó la pluma, diciendo:

—Abuelito, hoy he estudiado bastante.

Y añadió en seguida:

—¿Tengo sed! ¿qué podría beber ahora?

La niña miró á su alrededor, y vió sobre una mesa un frutero lleno de naranjas.

—¿Puedo comer una? preguntó á su abuelo.

—No veo ningún inconveniente, respondió el último.

La niña pasó el frutero al velador en que estudiaba, y con tal motivo al anciano se le ocurrió una idea.

Se acercó, tomó con una mano un lápiz de los más finos que tenía su nieta, y cogió con la otra una naranja.

Con el lápiz atravesó la naranja, acercándose después al globo de la lámpara.

Hizo girar el lápiz entre sus dedos, en sentido inverso al movimiento de las agujas de un reloj, y por consiguiente la naranja, unida al lápiz, giró igualmente.

Susanita miraba á su abuelito con sorpresa creciente y no disimulada



PUERTO CABELLO. — A ORILLAS DE LA POBLACION

—¿Qué querrá hacer abuelito? pensaba la niña sin comprender y esperando.

Pero el abuelito no esperaba menos; contento al ver la excitada curiosidad de la niña, esperaba un "¿por qué?"

Y el por qué deseado apareció por fin en los labios de la niña.

—¿Por qué haces eso, abuelito? preguntó con timidez.

El abuelo, fingiendo no haber oído, continuaba haciendo girar la naranja entre sus dedos y paseándola alrededor del globo del quinqué, de tal suerte que ya había llegado al punto de partida cuando la niña, que había seguido con singular atención los movimientos diversos de la naranja, exclamó:

—¡Qué estás haciendo, abuelito!

El abuelo entonces contestó con calma:

—Lo primero que hago es el día y la noche.

Esto dicho, se calló.

La niña estaba más confusa que si su abuelo no hubiera dicho nada.

Sin embargo, como él había dicho "lo primero," ella se atrevió a decir:

—¿Y después? pensando que éste "después" aclararía la cosa.

—Después, dijo el abuelo en el mismo tono de antes, hago las cuatro estaciones, es decir, el invierno, la primavera, el estío y el otoño.

—¿Pero qué es lo que dices?... ¡Yo no entiendo una palabra! exclamó la niña con aire com-
pungido.

Seguro ya el abuelo de haber excitado sobradamente la curiosidad de la niña para que ésta escuchara con cuidado sus explicaciones y se empeñara en comprenderlas, dijo:

—Te he hablado de la Tierra, te he hablado del Sol, y tú sabes que la primera da vueltas en torno del segundo; ¿no tienes curiosidad de saber cómo realiza la Tierra ese viaje alrededor del Sol?

—¡Sí! ¡sí, abuelito!

—Pues bien, mira y lo sabrás. El globo luminoso del quinqué nos representa el Sol y esta naranja es la Tierra.

—¡Bueno! dijo Susanita.

—Pongo la naranja delante del globo: ¿Qué observas en la naranja?

La niña miró antes de responder, y respondió ingenuamente:

—Nada.

—¿Cómo! ¿No ves que la mitad de la naranja que está del lado del globo se presenta iluminada y que la otra mitad está en la sombra?

—¡Ah! ¡es verdad! dijo la niña un poco avergonzada. La otra media está en la oscuridad.

—Eso es precisamente lo que yo quería decirte: la otra media está en la noche. Ahora bien, puesto que la naranja nos representa la Tierra, y ese globo de la lámpara hace las veces del Sol, ya ves que por el momento no alumbra el Sol más que una mitad de la Tierra.

Por consiguiente es de día en la porción alumbrada.

—Sí, dijo la niña mostrando la naranja con el dedo, es día en esta mitad y noche en esa.

—¡Perfectamente! Ya ves por lo tanto que yo tenía razón al decirte hace un momento, que me ocupaba en hacer el día y la noche poniendo la naranja delante de la luz.

—Sí, abuelito.

—Pero tú comprendes que si la Tierra permaneciera constantemente así, enfrente del Sol, sería eternamente de noche en esa mitad y de día siempre en esta otra. Habría pues una mitad de la Tierra a la cual no llegarían jamás la luz y el calor del Sol; esa mitad sería necesariamente tan fría y tan oscura, que no se podría vivir en ella.

—Esa mitad no serviría de nada.

—¡Has hecho una reflexión muy justa! respondió el abuelo con satisfacción. ¡Una mitad de la Tierra que no sirviera de nada, sería un absurdo! ¡Sería lo mismo que si esta naranja tuviese la mitad buena y la otra mitad no se pudiera comer!

Por eso la Tierra no está siempre en la misma posición. Gira sobre sí misma como yo hago girar esta naranja.

Y el abuelo, uniendo la acción a la palabra, hizo ver a la nieta de que modo la naranja, a medida que giraba, sumergía en la sombra la porción iluminada momentos antes, al mismo tiempo que se iba iluminando la parte antes oscura.

—Ya ves, prosiguió el abuelo, que ahora es de día donde antes era de noche, y recíprocamente, es de noche en la mitad donde antes era de día.

Continuad

N.º 1.

Dos sílabas

Irriquo: dos breves. Espondeo: dos largas. Yambo: breve y larga. Troqueo: larga y breve.

De tres sílabas.

Tribraquia: tres breves. Moloso: tres largas. Anapesto: dos breves y una larga. Dáctilo: una larga y dos breves.

Saquia: una breve y dos largas. Anfíbraco: breve, larga, breve. Crético: larga, breve, larga.

Pies compuestos.

Dispondeo: dos espondeos. Proceleusmatico: dos irriquias. Dicoreo: dos coros. Cosea troqueo.

Dixambo: dos yambos. Coriambo: troqueo y yambo. Antipasto: yambo y troqueo.

Iran jónica: espondeo y irriquia. Pequeña jónica: irriquia y espondeo. Peon: troqueo y irriquia.

Epitrito: yambo y espondeo.

Versos mayores, según lo expresado en el texto.

Otra forma:

Sentametro.

Ymbico.

Otra forma. Adónico. Sáfico. Asclepiadeo.

Falacio. Peracacio. Alconio.

N.º 2.

So-bre-quilla mi ca, vuelve, vuelve la joroca que pre-sumir de nave for tu-nas o-ca-siona ver

end es que en la pa-tria nos la vir-tud vi-chosa, ni se esti-mó la per-la hasta de-jar la concha.

MARIA LUISA

Blindante

A la niña María Luisa Herrera

VALS por Henrique Vidal

The musical score is written for piano and consists of ten staves. The key signature is one flat (B-flat), and the time signature is 4/4. The piece begins with a tempo marking of *Andante* and a dynamic of *Legato*. The first staff includes a *cresc* marking. The second staff is marked *Allegro di Vals* and *mod.*. The third staff includes a *Rit.* marking. The fourth staff includes a *f* marking. The fifth staff includes a *mp* marking. The sixth staff includes a *cres* marking. The seventh staff includes a *sta.* marking. The eighth staff includes a *f* marking. The ninth staff includes a *f. Legato* marking. The piece ends with a double bar line and a fermata.

NUESTROS GRABADOS

Don Julio Calcaño

El apellido Calcaño es en Venezuela sinónimo de poeta: ocho Calcaños figuran en nuestra historia literaria, de los que han muerto cuatro, siendo los que quedan vivos Juan Bautista, José Antonio, Eduardo y Julio. El retrato de este último es el que presentamos hoy.

Don Julio Calcaño, miembro correspondiente extranjero de la Real Academia Española de la Lengua, y de número de la venezolana, es el Secretario perpetuo de esta corporación; pero no es á estos títulos, justamente alcanzados, que debe su popularidad entre nosotros, y su nombradía entre la gente de letras de la península. Débela á que es atildado poeta y castizo y elegante prosador, á que lleva publicadas numerosas producciones selectas y muchas de ellas extensas, á que ha sido en repetidas ocasiones periodista y á que es uno de nuestros más estudiosos literatos.

En otra sección hallarán los lectores un artículo biográfico, obra de un notable escritor, quien dice de Julio Calcaño lo que este merece. Recomendamos la lectura del trabajo referido.

Estudio al lápiz por A. Herrera Toro

Nuevo obsequio nos hace el inteligente artista Antonio Herrera Toro con el dibujo al lápiz cuya reproducción aparece hoy en nuestras páginas. Lejos de contaminarse el ingenio de este artista de nuestra común apatía, y de flaquear por la falta de estímulos que en esta tierra sufre el arte, cada día nos ofrece nuevas obras, si pequeñas y ligeras en su mayor parte, todas ellas vigorosas, de franca ejecución y con sello de originalidad. La que hoy aparece en este periódico es el retrato de una niña, donde hay que admirar la vida que ha sabido el artista dar á la cabeza, no menos que la gracia y sencillez del conjunto.

El ángel de la paz de los sepulcros

"Sólo en la paz de los sepulcros creo" ha dicho un poeta, y estamos con él porque realmente no hay otra completa. El ángel guardián de esa paz debe de ser el mismo que acompaña á cada criatura en la peregrinación de la tierra, y que, terminada su misión de velar por el alma, vela luego por el reposo de los restos en el seno de la madre común. Para ese ángel, el ser cuya guarda le está encomendada hasta después de la muerte, es lo que el niño para el aya, y es así como el artista nos lo representa en la expresión más adecuada de la protección, cobijando dos niños con sus alas.

San Pedro en Roma

Diariamente se exhiben en todas partes vistas de la catedral del mundo, en las que con mayor ó menor fidelidad se vé reproducida esta maravilla del arte siempre nueva y cada vez más admirada. Apenas llegado á Roma es á San Pedro á donde se dirige en primer lugar el viajero que visita por primera vez la ciudad eterna; y creemos que la última visita del turista que se despidió es también para la gran basílica. Sin embargo, viajeros ha habido que después de veinte y cuatro horas de permanencia en Roma siguieron viaje, porque allí no había nada que ver; y son personas que visten, hablan, y andan en dos pies como nosotros. *Stultorum infinitus est numerus!*

Don Luis Amato

El distinguido actor dramático, cuyo retrato publicamos hoy, es director de la compañía que se prepara á deleitar al público de Caracas. Amato no es un actor adocenado: pertenece á la escuela de la declamación francesa, y es en este género en el que ha cosechado no pocos merecidos laureles en los principales teatros de España y América. Donde quiera que ha lucido su notable talento, ha recibido el premio que sólo se ofrece á los grandes artistas.

Refiriéndose á él, don Lorenzo Coria distinguido crítico español, dice con sobrada justicia lo siguiente: "Los teatros de América han sido teatros de sus triunfos; los mejores coliseos españoles, el Principal de Barcelona entre todos, hanle servido para mostrar lo mucho que de él puede aguardar el arte." Y en efecto, Amato es, en nuestro concepto, uno de los mejores artistas que ha llegado á Venezuela; así al menos lo acreditan las numerosas recomendaciones que presenta, siendo una de las más valiosas la que de él hace el insigne escritor español don Manuel Cañete.

Ultimamente ha trabajado con éxito sorprendente en la capital de Colombia, en donde fueron entusiastas y repetidos los aplausos que alcanzó, y en donde supo cautivar á aquel exigente público con su indiscutible talento.

Obtenga en Venezuela nuevos lauros: esos son al menos nuestros sinceros deseos.

Doña Carmen Valero de Bermúdez

Hija del notabilísimo actor español don José Valero, esta apreciable artista heredó el aplaudido talento del padre. A un porte simpático y distinguido, une ese don especial que cautiva y que constituye una de las mejores condiciones del artista.

Con inimitable propiedad domina la escena y conoce á fondo todos aquellos secretos indispensables para producir los grandes efectos, sin apartarse un punto de la más exquisita naturalidad.

Educada, como Amato, en la escuela del teatro mo-

derno, creemos no equivocarnos al asegurar que pocas artistas más completas han visitado los teatros de Sud América.

La señora Valero ha tenido la suerte de agregar á sus naturales dotes artísticas, excelente educación, dirección bien entendida y el eficaz y continuado influjo de cuanto más bello y más notable encierra el arte.

Caracas sabrá corresponder, de ello estamos seguros, á los esfuerzos que haga la señora Valero para ofrecer á nuestra culta sociedad momentos de grato solaz.

El Fogonero Cesáreo Pérez

En la Revista de la Quincena publicada en nuestro número anterior, anunciamos para el de hoy la publicación del retrato del heroico fogonero que arriesgando su vida salvó la de un niño en el ferrocarril de La Guaira. Posteriormente á nuestra última referencia sobre este hecho, se nos ha informado que la acción de Pérez reviste aún mayor carácter de heroicidad. Sea lo que fuere, el heroísmo y la abnegación del fogonero merecen el más alto encomio y larga recompensa.

Puerto Cabello—A orillas de la población

Ya se echa de ver, por los carlos que aparecen en primer término en el grabado, que el paisaje es de nuestras costas, y aunque no carece de carácter, no es de los verdaderamente pintorescos en que abundan los alrededores de Puerto Cabello. Ya tendremos oportunidad, más tarde, de publicar algunas vistas más de la misma localidad.

Macuto

Algo diéramos por poder sorprender las emociones que en el ánimo de muchos lectores y de no pocas lectoras ha de producir la vista de este grabado. Ahí están los escaños donde á la luz de la luna ha brillado lampo de pasión en los ojos de la morena, y se han entornado con ternura los azules ojos de la rubia; donde á compás del batir de las olas se han cruzado palabras y suspiros portadores de juramentos, los más de luego á luego quebrantados. Ahí están los cocoteros testigos de promesas, cobijadores de esperanzas, veladores de engaños y despertadores de recuerdos. Ahí está, por último, el uvero, el famoso uvero, cuyo tronco parece quejarse de tanta herida héchale con punta de navaja por Romeos de quince abriles, y cuyo ramaje guarda con inviolable silencio quizás cuánto secreto!

Música de Henrique Vidal

Henrique Vidal es un niño. La composición musical que hoy publicamos es obra suya, y todo el que la oiga convendrá con nosotros en que hay en el autor felices aptitudes que, convenientemente desarrolladas, darán más tarde gloria al incipiente artista.



MACUTO

REVISTA DE LA QUINCENA

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

SUMARIO:

EL BAILE DE AÑO NUEVO

REDESCAL UZCÁTEGUI

EL PANICO

A UN ORADOR SAGRADO

COMPañIA DRAMÁTICA ESPAÑOLA

Pálida fuera toda descripción nuestra del baile dado el día primero del año por el Jefe del Poder Ejecutivo y su respetable esposa, si de tanuntuosa fiesta hubiésemos de hacer reseña en esta crónica. Descrito prolijamente, comentado con entusiasmo y justamente apreciado en toda su significación ha sido ya el espléndido sarao, así por parte de los que á él asistieron, como de los que sólo de oídas de él supieron luego.

La unanimidad de las personas que concurrieron al sarao, entre las que tuvimos la fortuna de contarnos, declara haber sido este en que nos ocupamos el mejor baile de cuantos hasta ahora se han efectuado en Caracas; y así es la verdad, como que nunca en tales fiestas ha coincidido igual número de circunstancias favorables. A la complacencia del distinguido anfitrión y su respetable consorte correspondía la animación del concurso, y á la perfecta organización de aquel brillante obsequio la cultura cabal del obsequiado, que lo era allí la sociedad.

Es en las fiestas sociales de esta magnitud donde mejor puede medirse el grado de mejoramiento moral que alcanza un pueblo. Allí el decorado del recinto y el atavío de las damas revelan hasta donde llega el cultivo de la estética; la comunicación y trato simultáneo de tantas personas exhibe la mayor ó menor corrección de los modales, y lo que se oye, sea en plática sostenida, sea en palabras cogidas al vuelo, denota cuáles son el ingenio é ilustración del cuerpo social entonces sometido á observación. El conjunto siempre dá cabal idea del espíritu del pueblo donde la fiesta se efectúa. Por todos estos conceptos el baile del día de año nuevo nos ha exhibido de honrosa manera. Felicitémosnos por ello.

Siendo cronistas de la *Unión Filarmónica*, en setiembre de 1888, escribimos á consecuencia de haber ejecutado en uno de los conciertos de aquella sociedad una obra propia y por primera vez en público el joven Redescal Uzcátegui, estas palabras:

"El joven Uzcátegui revela especiales dotes para la composición. La obra de que hablamos revela claramente los impulsos de su espíritu enamorado del arte y de la gloria. Cuando los años, los estudios, y los sinsabores anexos á la vida, y á la vida del artista especialmente, modelen ese temperamento, y den á su inspiración la suficiente madurez, y, sobre todo, si este ingenio, por falta de estímulo, no muere en la penumbra, Caracas se felicitará de tener un compositor, hijo suyo, cuyas obras llevan desde el principio el sello de la originalidad."

No estábamos errados: palpable y completo resultado viene hoy á justificar nuestro pronóstico de entonces. Redescal Uzcátegui, pensionado desde aquella fecha en París por el gobierno de Venezuela hizo allí sus estudios como discípulo del célebre conservatorio francés, y hecho profesor regresa á Caracas á poner al servicio de su patria su ingenio y su saber.

Aún no hemos tenido la fortuna de oír á este notable pianista y compositor; pero sí nos han llegado ecos de ultramar que mucho le abonan. Sabemos que, tan luego como recobre la salud, ahora quebrantada, este nuevo astro del arte nacional brillará en algunos conciertos que se propone efectuar y que se anunciarán oportunamente. Hacemos al ingenio patriótico saludo y enviamos al amigo abrazo cordial de bienvenida.

Por demás notorio el pánico que se produjo con ocasión de un incidente ocurrido con el Banco de Venezuela, no podemos dejar de mencionar el hecho en esta crónica.

Desde que se iniciaron nuestros recientes disturbios políticos, empezando el año que acaba de pasar, se determinó cierta rémora en la circulación de billetes del Banco de Venezuela, instituto que de años atrás viene siendo recaudador de la renta nacional, y prestamista de los gobiernos. El alza y baja de la confianza que el público otorga á la moneda fiduciaria del referido instituto, ha dependido principalmente, en

la época á que nos contraemos, de las relaciones entre la Administración y el Banco. Cada conato de ruptura en las dichas relaciones ha determinado pánico y consiguiente paralización de las transacciones, debido á que en considerable proporción la moneda circulante es fiduciaria. Pero no recordamos pánico igual al que, felizmente ha cesado ya á consecuencia del nuevo contrato firmado entre el Ministro de Hacienda y el Presidente del Banco de Venezuela.

Las propiedades, los valores en cartera y la reserva del instituto alcanzan á cubrir la emisión actual de billetes, por lo cual no hay razón para que los poseedores de esos títulos teman la pérdida total en ningún caso del valor que ellos representan. Cuando más, en el peor de los casos, lento y tardío sería el cambio, pero no por esto dejarían de hacerse efectivos los valores.

Por no corto tiempo habíamos dejado de oír en la Cátedra del Espíritu Santo al señor Pro. Dr. Nicanor Rivero. Creíamos que sus achaques, manteniéndole alejado del trono de la elocuencia que ocupa como rey de nuestros oradores sagrados, habían concluido por privarnos definitivamente de su presencia en la tribuna sagrada; temíamos que las poderosas facultades oratorias del sabio levita hubiesen venido á menos por efecto de su delicada salud, cuando con gratísima sorpresa para nosotros le vimos el domingo ocho del mes que corre aparecer en la cátedra de Santa Teresa, con ocasión de solemne fiesta en honor de la Madre de Dios que en aquel templo se celebraba. Parece que los males físicos, quebrantando su cuerpo, respetan lo que de él necesita la elocuencia para conservar incólume su brillo. La voz conserva toda su sonoridad, la acción toda su energía, la mirada todo su vigor, y nada se diga del entumecimiento que, como muy bien dijo Cervantes, "suele mejorarse con los años."

Mucho deseamos que el Dr. Rivero recobre su salud: deseamos esto por él en primer lugar, porque siempre es dolorosa la no posesión de tan preciado bien, y en segundo por nuestra sociedad á quien tanta falta hace la voz de la verdad que despeja el entendimiento de nublados, endereza el torcido rumbo de las costumbres, y guía á los pueblos por la senda de la perfectibilidad.

Sin previos y bombásticos anuncios ha llegado á Caracas una compañía dramática española, dirigida por don Luis Amato, quien, según se nos asegura por personas que nos merecen fe y le han visto trabajar, es talentoso artista de moderna escuela, así como la señora doña Carmen Valero, primera dama; á lo que entendemos, de la propia compañía.

Si, como se nos informa y lo creemos, esta compañía tiene las condiciones necesarias para agrar á nuestro público, ella y él derivarán mutuo provecho de la visita que nos hacen el señor Amato y sus compañeros. Está probado que el público caraqueño paga bien lo que es bueno en el arte teatral, y no es avaro de justo aplauso para los artistas de talento, quienes ordinariamente pronto despiertan entre nosotros simpatías y se alzan de nuestras playas cargados de laureles. Esto deseamos al señor Amato y sus compañeros.

Entre tanto que la primera función de la mencionada compañía no nos la haga conocer, no podemos, naturalmente, estar en capacidad de emitir juicio alguno sobre ella. Sólo podemos hablar por referencias. Entre estas escogemos para que la conozcan nuestros lectores, el artículo publicado en el número de *La Escena*, de Barcelona, correspondiente al 27 de julio de 1890, y que dice así:

LUIS AMATO

Tócame hoy hablar de un actor modesto, inteligente, activo, educado en el clasicismo hermoso de la dramática genuinamente nacional, alocucionado—para acertar siempre—en la escuela de la observación directa y del personal constante trabajo. Tócame presentar á la mayoría de los lectores de *La Escena* la personalidad distinguida de uno de los mejores discípulos de D. José Valero, y aunque entre los abonados á este periódico haya muchos que no necesiten la presentación esta, porque de antiguo conocen y estiman las cualidades que en Luis Amato concurren, he de realizar mi propósito, intercalando de paso, y sin ulteriores malicias ni alcances, unas cuantas notas de mi cosecha, siquiera suenen desagradablemente en algunos oídos acostumbrados—con grave daño suyo—al eterno y monótono *tic-tac* del reloj de las adulaciones.

Se nace actor, como se nace poeta, como se nace guerrero, como se nace fabricante de generos de punto; pero la predisposición natural, ingénita, la preparación formada por la tendencia per-

sonal hácia lo que forma la meta de la vocación, resulta factor inútil é impotente cuando tal vocación, tal predisposición, no son auxiliadas por atinados complementos perfeccionadores de la facultad primaria y persistente: sucediendo muchas veces que la mejor predisposición da tristes resultados por falta de una dirección atinada, de una educación sólida, de un *pilotaje* acertado por entre los escollos del mar de la vida.

En cambio, cuan óptimos resultados se logran cuando á la facultad nativa se agregan, como en Luis Amato sucedió, una educación excelente, una dirección bien entendida y un continuo influjo de lo bueno y de lo bello en servicio del arte!

¿Cuántos años ha que Amato nació á la escena? ¡Pscht!

¿Qué importa este dato?

¿Cuántas han sido las obras por él creadas ó abillantadas, mediante primores no afectados de una interpretación correctísima y acabada? ¡Pscht!

Quiénes hayan leído con cuidado las siluetas dedicadas por mí á los artistas incluidos en la galería artística de *LA ESCENA*, habrán visto cuán enemigo soy de biografiar cronologuando minucias y pequeñeces.

Las hojas de servicios de los buenos actores se llevan por especial modo en el negociado de la opinión, sin que á nadie le haya ocurrido jamás aprobar, *nemine discrepante*, á quien solicita la admiración pública sólo por la presentación de tales ó cuales listas de éxitos, y de batallas ganadas allá donde es difícil comprobar la certeza del combate, y dilucidar para quién ó quiénes fueron los laureos de la victoria ó las amarguras del vencimiento.

El artista que, siguiendo el uso de los toreros, se recomienda y quiere hacerse valer por la exhibición de carteles, de recortes de periódicos ó de listas de compañía, no llega jamás á la suspirada meta; se incluye voluntariamente en el escalafón de los ineptos, ó de las medianías, por lo menos.

No; en Luis Amato no sucede esto. Yo le he visto trabajar en géneros distintos, siguiendo métodos diferentes, practicando mandamientos de escuela y estilos antagónicos, y téngele por tan bueno en la comedia castellana, como en el drama romántico, como en el espectáculo moderno, en que los autores buscan efectos de psicología comparada.

Las obras predilectas de Valero han dado infinitas ovaciones á Luis Amato, y las obras de Dumas, Sardou, Feuillet y Ohnet, le acreditan de *modernista* escrupuloso y entendido.

Estudioso, incansable, entusiasta, sin impaciencias, y también sin ilusiones de esas que han perdido á tantos artistas de merecimientos, vé asegurado y exento de trabas su rumbo, y le sigue cierto de su buena estrella, ciertísimo de que si en la tierra hay premios para el trabajo y el mérito no ha de tocarle un mero ascésit.

Los teatros de América han sido teatros de sus triunfos; los mejores coliseos españoles, el Principal de Barcelona entre todos, hanle servido para mostrar lo mucho que de él puede aguardar el arte.

Digno compañero de María Tubau, comparte con ella las palmas ganadas concienzuda y legítimamente, siendo de creer que su porvenir será más amplio á medida que los años le dejen mostrarse en la plenitud, en la realidad de sus aspiraciones.

De Amato pueden y deben aprender mucho los noveles actores. Recomendando á estos que le vean, y le estudien, y le aplaudan. Saldrán ganando el ciento por diez.

M. Lorenzo Coria.

Con el presente número repartimos el índice de materias y grabados de los veinte y cuatro números que componen el primer tomo de este periódico.

En los talleres de esta empresa se hace por el precio de ocho bolívaes la encuadernación del tomo que termina en el número 24, correspondiente al 15 de diciembre próximo pasado.

ENIGMA

Sale de su sepultura con la santa cruz á cuestas: unas veces salva al hombre y otras la vida le cuesta.